
El estudio del mundo antiguo y los procesos de neolitización

PID_00270494

Agnès Garcia Ventura
Anna Gómez Bach

Tiempo mínimo de dedicación recomendado: 4 horas



**Agnès García Ventura**

Doctora en Historia por la Universidad Pompeu Fabra. Actualmente es miembro del Instituto del Próximo Oriente Antiguo de la Universidad de Barcelona y colabora como docente en la Universidad Autónoma de Barcelona y en la Universitat Oberta de Catalunya. Desde 2012 ha disfrutado de varios contratos, como investigadora posdoctoral, en la Universidad de Heidelberg, en la «Sapienza» Universidad de Roma y también en la Universidad de Barcelona. Sus principales áreas de interés son los estudios de género (en especial su aplicación a la asiriología), la historiografía de los estudios sobre el Próximo Oriente Antiguo, la organización del trabajo en la antigua Mesopotamia y la *performance* musical en la antigüedad (en especial en Mesopotamia y en contextos fenicios y púnicos).

**Anna Gómez Bach**

Licenciada en Historia por la Universidad Autónoma de Barcelona, doctorada en 2011 en Historia por la UAB y doctorada en Arqueología, Historia e Historia del Arte por la Universidad de Liège (Bélgica). Actualmente, es investigadora y profesora asociada del Departamento de Prehistoria de la UAB. Las principales líneas de trabajo desarrolladas se han centrado en el estudio de las producciones cerámicas y el estudio de las primeras sociedades agrícolas en el Próximo Oriente y el Mediterráneo occidental.

El encargo y la creación de este recurso de aprendizaje UOC han sido coordinados por el profesor: David Martínez-Robles (2020)

Primera edición: febrero 2020
© Agnès García Ventura, Anna Gómez Bach
Todos los derechos reservados
© de esta edición, FUOC, 2020
Avda. Tibidabo, 39-43, 08035 Barcelona
Realización editorial: FUOC

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño general y la cubierta, puede ser copiada, reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio, sea este eléctrico, químico, mecánico, óptico, grabación, fotocopia, o cualquier otro, sin la previa autorización escrita de los titulares de los derechos.

Índice

Introducción	5
1. Introducción al estudio del mundo antiguo	7
1.1. ¿Por qué hace falta que estudiemos el pasado?	7
1.2. ¿Quién estudia el pasado?	7
1.2.1. Las fuentes	8
1.2.2. Las disciplinas académicas	11
1.3. ¿Desde dónde estudiamos el pasado?	12
1.3.1. De la historia «desde arriba» a la historia «desde abajo»	13
1.3.2. De la arqueología tradicional a la arqueología procesual y la arqueología postprocesual	16
1.3.3. Las perspectivas de género y el estudio del mundo antiguo	18
2. Procesos de neolitización	24
2.1. Neolítico, neolitización y otros conceptos afines	24
2.1.1. Teorías evolucionistas-deterministas	25
2.1.2. Teorías demográficas	25
2.1.3. Teorías de la causa social y simbólica	25
2.2. Causas y consecuencias de las transformaciones económicas y sociales en el neolítico	26
2.3. Motores de surgimiento y transmisión del neolítico y su vigencia	28
2.4. Diversidad y principales características del neolítico por ámbito geográfico	30
2.4.1. El Creciente Fértil	33
2.4.2. Primeras sociedades productoras en Europa	34
2.4.3. Primeras sociedades productoras en África	35
2.4.4. Primeras sociedades productoras en América	35
2.4.5. Primeras sociedades productoras en Asia y Oceanía	36
2.5. Aparición y formación incipiente de los primeros estados	37
2.5.1. Próximo Oriente	37
2.5.2. Europa	38
2.6. Cómo avanza la investigación en neolitización	39
Bibliografía	41
Anexo	44

Introducción

El objetivo de este módulo es proporcionar las herramientas básicas para estudiar las culturas del mundo antiguo que se trabajarán en retos posteriores. Nuestro conocimiento del pasado más remoto ha cambiado enormemente en las últimas décadas por causas muy diversas, desde el desarrollo de nuevas disciplinas o subdisciplinas o el descubrimiento de yacimientos que han trastocado algunas de las ideas y planteamientos que existían en el estudio de las culturas antiguas, hasta la introducción de nuevas maneras de enfocar el estudio del pasado que han permitido desarrollar perspectivas hasta ahora poco exploradas. Para recoger estos cambios y los retos que han planteado de una manera cuidadosa, el módulo se ha dividido en dos apartados diferenciados. En el primero, elaborado por Agnès Garcia Ventura, se plantean reflexiones fundamentales sobre el estudio de la antigüedad y las disciplinas académicas más vinculadas a esta, además de explicar cómo ha cambiado dicho estudio, las diferentes escuelas y aproximaciones que ha habido y cuál es la aportación de los nuevos enfoques a nuestro conocimiento de la antigüedad.

La segunda mitad del módulo, obra de Anna Gómez Bach, se centra en el estudio de los procesos de neolitización y la formación de las primeras sociedades humanas complejas. Desde una perspectiva general, plantea el significado histórico de este período, cuáles son los principales elementos que lo definen y cómo se ha estudiado desde diferentes aproximaciones disciplinarias. Además, trata de cómo los procesos y transformaciones que definen el neolítico se produjeron en los diferentes continentes y regiones del mundo. De este modo, al finalizar el módulo dispondréis de la base disciplinaria y de contenidos que os permitirá aproximaros de una manera más específica a algunas de las grandes culturas del mundo antiguo.

1. Introducción al estudio del mundo antiguo

1.1. ¿Por qué hace falta que estudiemos el pasado?

Es habitual que quien se dedica al estudio del pasado reflexione sobre el hecho de que este siempre tiene relación con el presente y con el futuro, bien porque tiende a pensar el presente y el futuro partiendo de la imagen que tiene del pasado, bien porque le cuesta pensar el pasado sin los referentes de nuestro presente. En este mismo sentido, varias personas que se han dedicado al estudio del pasado han afirmado que la historia, sea cual sea la época que elijamos, siempre nos acaba hablando del presente de una manera u otra. Una de estas personas es el **historiador Josep Fontana**, que advertía que, «se quiera o no, se sea o no consciente de ello, el historiador trabaja siempre en el presente y para el presente» (Fontana, 2010, pág. 202). Siguiendo esta línea, Fontana hace referencia a un pensamiento que el poeta Antonio Machado formuló durante la Guerra Civil española (1936-1939): «Machado escribió que cuando se examinaba el pasado para ver qué llevaba dentro era fácil encontrar en él un cúmulo de esperanzas, ni conseguidas ni frustradas, esto es, un futuro». Sobre esta misma idea, aunque planteada de una manera ligeramente diferente, reflexiona también la historiadora del arte **Carol Duncan** en un ensayo sobre los museos defendiendo su utilidad y vigencia en el siglo XXI. Duncan afirma que sin conocer el pasado no podemos pensar el futuro, pero que sin una idea de futuro tampoco podemos acceder al pasado (Duncan, 2007 [1995], pág. 216).

Vemos, pues, que es muy habitual y también muy pertinente preguntarse cuál es la misión y la responsabilidad de quien escribe historia y de quien trabaja de una manera u otra con el pasado y con la transmisión de su legado a la sociedad. A menudo percibimos el estudio del pasado como algo prescindible y remoto, desconectado del presente y del futuro. En cambio, estas reflexiones ponen de relieve que es precisamente del pasado de donde se nutre el imaginario colectivo y también la configuración de nuestras identidades presentes, y que, por tanto, conocerlo nos puede ayudar a entendernos mejor y a entender mejor nuestro contexto. Desde esta perspectiva nos aproximaremos en este curso al estudio del mundo antiguo, haciendo hincapié en que el **conocimiento del pasado** permite pensar tanto nuestro **presente** como nuestro **futuro** con una **mirada crítica**.

1.2. ¿Quién estudia el pasado?

Las personas que se dedican a estudiar el pasado tienen una gran responsabilidad, puesto que actúan como **mediadoras** entre lo que nos ha llegado de ese pasado, lo que denominamos fuentes, y la sociedad que recibe los resultados de la investigación llevada a cabo. Las **fuentes** son todo aquello que nos llega del

Josep Fontana Lázaro (Barcelona, 1931-2018)

Josep Fontana Lázaro se dedicó fundamentalmente a la historia económica, pero siempre tuvo, a la vez, un especial interés por la historiografía y por las reflexiones sobre la enseñanza de la historia. Trabajó como docente en diferentes universidades catalanas y fundó el Instituto Universitario de Historia Jaume Vicens Vives en la Universidad Pompeu Fabra. Además, su prolífica investigación y tarea docente se reconoció con los doctorados *honoris causa* que le concedieron las universidades Nacional del Comahue de Argentina, Valladolid y Girona. Fontana publicó numerosos artículos y también monografías. La titulada *Capitalismo y democracia, 1756-1848. Cómo empezó este engaño*, publicada en 2019, fue su obra póstuma.

Carol Duncan (Chicago, 1936)

Carol Duncan es una historiadora del arte que ha trabajado como docente durante prácticamente treinta años en el Ramapo College de New Jersey. Formada en las universidades de Chicago y de Columbia, en Estados Unidos, es pionera en la aproximación sociopolítica a la historia del arte y una voz feminista reconocida dentro de la corriente de la *new art history*. Tiene especial interés por los museos y su papel en el mundo actual, y una de sus monografías más notables es *Civilizing rituals: inside public art museums* (Routledge, 1995, ved la traducción al castellano de 2007 en la bibliografía final), donde profundiza en este tema con aproximaciones desde la filosofía y la antropología.

pasado y que constituyen el punto de partida para reconstruirlo. Estas fuentes son complejas, como veremos a continuación, y su tratamiento requiere un entrenamiento específico: por este motivo decimos que para acceder a las fuentes y, por tanto, al pasado, nos hace falta una persona experta mediadora que nos facilite el camino, o, más bien dicho, muchas personas con experticias diversas, porque el término *pasado*, aunque aparentemente es sencillo, esconde una realidad poliédrica y compleja que incluye geografías y cronologías que están separadas por miles de kilómetros y que abrazan diferentes milenios. Las fuentes que provienen de cada una de estas geografías y cronologías son también diversas, y es por eso que las personas se tienen que especializar en el conocimiento de unas fuentes y en el trabajo desarrollado en el marco de una disciplina académica determinada, como veremos a continuación.

El **estudio del pasado**, pues, es necesariamente **multidisciplinario**, y todavía más en un curso como este. Por eso, ni las lecturas ni las interpretaciones que os presentaremos pueden ser homogéneas. Esta es la riqueza y la diversidad que adquiriréis trabajando los recursos que os proponemos para cada uno de los retos.

1.2.1. Las fuentes

Solemos diferenciar **tres tipos básicos de fuentes**:

- la cultura material
- las fuentes escritas
- las imágenes

La **cultura material** es todo aquello tangible que nos llega sobre todo gracias a las campañas arqueológicas. Es el caso de cerámicas, huesos y metales, por mencionar solo algunos de los materiales más duraderos. Los materiales perecederos, como, por ejemplo, los tejidos o la madera, en cambio, se conservan pocas veces, de forma que lo que encontramos está condicionado en primer lugar por la supervivencia misma de los materiales. Además, siempre se debe tener en cuenta que algunos materiales pueden presentar un pobre estado de preservación, lo que dificulta la interpretación posterior.

Para estudiar esta cultura material, de la que se ocupa la arqueología, siempre es muy importante conocer el **contexto** del hallazgo. Por poner un ejemplo, no interpretaremos igual un pendiente encontrado en un contexto funerario que ese mismo pendiente hallado en un contexto doméstico. No obstante, esta información valiosa se pierde a veces si los objetos no provienen de excavaciones legales, sino del saqueo, como ha sucedido y todavía pasa desgraciadamente en una proporción no menor (ved más reflexiones sobre la relevancia del contexto en arqueología en el apartado 3.2).

Si la cultura material es todo aquello tangible que nos llega del pasado, las otras dos fuentes que hemos mencionado inicialmente, fuentes escritas e imágenes, son también cultura material. No obstante, por razones prácticas de estudio y especialización, de entre todo aquello que se incluye en la cultura material se distinguen estos dos grupos de fuentes, que configuran por sí mismas dos categorías muy diferenciadas. Por este motivo, en los estudios sobre el mundo antiguo distinguimos tres tipos de fuentes, aunque una de ellas puede incluir a las otras dos.

Ahora centrémonos en las **fuentes escritas**, a veces también llamadas fuentes documentales. Estas son muy diversas, ya que nos han llegado numerosas escrituras, que a la vez representan muchas lenguas, del mundo antiguo. Algunas de estas escrituras y lenguas se han descifrado y se pueden leer, otras solo lo han sido parcialmente, y algunas son todavía una incógnita para nosotros. En algunos casos incluso podemos leer la escritura, pero no podemos entender la lengua; en otros, entendemos la lengua, pero todavía no tenemos herramientas consensuadas, como diccionarios y gramáticas, y por tanto las traducciones son siempre muy tentativas. El estudio de las fuentes escritas se hace desde la filología y requiere competencias diversas en función de la geografía y la cronología en que nos situamos, como veremos a partir de algunos ejemplos durante este curso.

Finalmente, también disponemos de las **imágenes** como fuente para estudiar el pasado. Las imágenes, también referidas como iconografía en algunos estudios, son las que nos acercan a la cultura visual del pasado. Pinturas, relieves, estatuas o grabados, por poner algunos ejemplos, son algunas de las imágenes empleadas como fuentes, sobre todo desde la historia del arte. De los tres tipos de fuentes de que disponemos, esta es la que es aparentemente más sencilla de interpretar, lo que a menudo constituye una trampa. Tendemos a percibir las imágenes que nos llegan del pasado como representaciones fieles de una realidad determinada, como instantáneas, olvidando que, como las fuentes escritas, por ejemplo, se produjeron con una intencionalidad concreta y haciendo unas elecciones determinadas, de forma que necesitan, como las otras fuentes, unas precauciones de método y unos conocimientos específicos para extraer interpretaciones lo más fidedignas posible.

Los tres tipos de fuentes que hemos presentado tienen una serie de **limitaciones** comunes que a la vez condicionan su estudio y las interpretaciones posteriores. Destacamos tres:

- el estado de conservación
- el azar del hallazgo
- la parcialidad de las fuentes

En cuanto al **estado de conservación**, tal como apuntábamos anteriormente, algunas fuentes no nos llegan nunca, perecen con el tiempo, mientras que otros nos llegan tan malogradas o en un estado tan fragmentario que difícilmente nos permiten llegar a conclusiones de una cierta entidad.

Otra limitación es lo que podríamos denominar **el azar del hallazgo**. Con ello hacemos referencia a que en cualquier momento un nuevo yacimiento, un nuevo texto, una nueva imagen, que no se habían encontrado o bien no se habían tomado en consideración (en caso de que estuvieran, por ejemplo, en el almacén de un museo sin estudiar), pueden cambiar todo aquello que habíamos erigido como parte de un canon, dando por sentado que el canon siempre se construye a partir de lo que tenemos disponible sin prever la aparición de posibles elementos nuevos. ¿Qué ocurre, pues, si encontramos un utensilio determinado después de afirmar que en el período Y la cultura X no lo usaba porque nunca lo habíamos encontrado en ningún yacimiento? ¿O si en un momento X no tenemos textos que hablen de Y y después encontramos ejemplos? Cuando esto sucede, sin duda hay que revisar todo el discurso y volver a pensar la reconstrucción del pasado que habíamos hecho. Por eso hay que insistir en el hecho de que el estudio del pasado es absolutamente dinámico y no estático o inamovible, como se percibe a menudo desde el presente.

Una tercera limitación, especialmente relevante en el caso de las fuentes escritas, es la **parcialidad de las fuentes**. Por lo que respecta a los textos, cuando escribimos, asumimos que quien nos lee sobreentiende ciertas cosas que forman parte de un contexto cultural compartido. En consecuencia, cuando no compartimos el contexto cultural, necesitamos aquello que no está escrito para entender lo que sí está escrito. Esta es precisamente la situación en que nos encontramos cuando nos aproximamos al estudio del pasado a partir de la lectura de un texto antiguo. Como enunció el sumerólogo **Miquel Civil** haciendo referencia a los textos que nos llegaban de Mesopotamia, cuanto más central sea un hecho cultural para entender a un grupo humano, menos posibilidades tendremos de que este hecho cultural quede registrado, puesto que se tiende a registrar lo que es excepcional y no lo que se considera habitual (Civil, 2001).

Ejemplo

Ponemos un ejemplo contemporáneo sobre la parcialidad de las fuentes. Imaginad que después de pasar muchos años alguien encuentra los retos que os planteamos en este curso y una lista con vuestros nombres, y que puede vincular ambos elementos y deducir que sois los estudiantes que cursaban *Mundo antiguo*. ¿Cómo podrá saber esta persona, con estos elementos, que la docencia de la UOC es en línea? Si encuentra estos elementos en un contexto cultural en que el aprendizaje es exclusivamente presencial, ¿podrá deducir que el vuestro no lo era y en qué consiste el hecho de que no lo sea? ¿Dónde pensará que estudiáis físicamente? ¿Tendrá algún elemento para deducirlo? Incluso hoy en día no podemos dar tampoco respuestas absolutamente rotundas a estas preguntas, pero el contexto cultural compartido nos permite, sin duda, poner sobre la mesa muchas respuestas con un grado más alto de plausibilidad.

Tener en cuenta estas limitaciones es muy importante para tomar conciencia del rol de mediación que asume quien se dedica al estudio del pasado, como apuntábamos anteriormente. Los investigadores y las investigadoras, por tan-

Miquel Civil Desveus
(Sabadell, 1926 - Chicago,
2019)

Miquel Civil Desveus trabajó durante prácticamente cuarenta años en el Oriental Institute de la Universidad de Chicago, donde impartió clases de lengua sumeria, materia de la que fue uno de los más reconocidos expertos de todo el mundo. Civil tuvo su primer contacto con el sumerio en la abadía de Montserrat y se doctoró en París, desde donde partió a Estados Unidos. Allí, además de dedicarse a su tarea docente e investigadora, se involucró como epigrafista en la misión de Nippur, en el actual Irak, y colaboró en numerosas publicaciones de referencia para los estudios sobre las lenguas de la Mesopotamia antigua.

to, tienen que tomar decisiones sobre cómo explicar estas limitaciones e incluso sobre si las explican o no en función del contexto en que se difunde la investigación. Las decisiones que se toman en este sentido suelen tener dos condicionantes principales: por un lado, las tradiciones y maneras de hacer de cada disciplina académica (ved el apartado 1.2.2), y, por otro, la perspectiva o marco teórico que aplicamos para el estudio de las fuentes, como veremos a continuación (ved el apartado 1.3).

1.2.2. Las disciplinas académicas

Si nos centramos en las fuentes, hay tres disciplinas básicas que se dedican a estudiar el pasado, tal como hemos apuntado anteriormente:

- La **arqueología**, que parte de la cultura material.
- La **filología**, que parte de las fuentes escritas.
- La **historia del arte**, que parte de las imágenes.

¿Qué papel tiene la **historia** en este esquema general? La historia tiene en cuenta las diferentes fuentes trabajadas por cada una de las disciplinas anteriores y, considerándolas en conjunto, propone reconstrucciones lo más complejas y completas posible de los diferentes aspectos de la vida en tiempos pasados. Sin embargo, no hay que olvidar que la historia ha estado (y está) vinculada muy estrechamente a las fuentes escritas, complementando así la tarea que se lleva a cabo desde la filología y asumiendo un rol más interpretativo si comparamos ambas disciplinas. Por tanto, aunque el ideal es la combinación de todas las fuentes disponibles, en la práctica, muchos estudios históricos parten exclusivamente de las fuentes escritas (o, cuando menos, les otorgan un cierto lugar de privilegio) como consecuencia de tradiciones académicas, por un lado, y de especializaciones disciplinarias, por el otro. Tener todos estos factores en cuenta es fundamental para entender mejor el porqué de algunas propuestas e interpretaciones y la necesidad, y a la vez dificultad, de llevar a cabo un estudio multidisciplinario.

Si en lugar de fijarnos en la tipología de las fuentes nos centramos en la **geografía** y en la **cronología de estas fuentes**, el abanico de disciplinas que se dedican a estudiar el pasado se atomiza y pasamos a hablar de egiptología (para el estudio del Egipto antiguo), asiriología (para el estudio del Próximo Oriente antiguo) o sinología (para el estudio de China), entre otras muchas. A su vez, cada una de estas disciplinas contiene otras subdisciplinas. En este sentido, alguien que se dedica al egiptología, además de conocer los grandes rasgos de los tres mil años aproximadamente que se considera que conforman la historia del Egipto antiguo, conoce en detalle un tipo de fuentes de cronologías, y a veces incluso de geografías, determinadas.

Poner en común la investigación de cada una de estas especialidades, perspectivas y disciplinas para **construir discursos históricos de síntesis** es sin duda uno de los retos de los y de las especialistas y una de las dificultades evidentes. Cada disciplina usa su argot, su terminología para referirse a un período u otro, y tiene sus propios debates. Es por eso que, a pesar de que en este curso os proponemos algunas síntesis, cuando consultéis algunos de los recursos de aprendizaje, podréis observar diferentes niveles de detalle y puntos de vista complementarios, pero en algunos casos ligeramente discordantes. Esta es sin duda una de las riquezas del estudio del pasado que os alentamos a aprender a disfrutar durante este curso.

Una última división disciplinaria habitual que hay que mencionar aquí es la que suele distinguir la **prehistoria** de la **historia**. En esta división, el cambio de una a otra lo marca tradicionalmente la aparición de la escritura. En este marco, en el caso de Mesopotamia, por ejemplo, hablaríamos de prehistoria hasta mediados del milenio IV a. C. y empezaríamos a hablar de historia al final de este cuarto milenio, que es cuando se datan las primeras muestras de escritura cuneiforme. Esta división ha sido contestada ampliamente, no solamente por su poso evolucionista y por la centralidad que se le confiere a la escritura, otorgándole un lugar de privilegio en la interpretación histórica, sino también por haberse aplicado de manera arbitraria en algunos casos. En este sentido, hay que recordar que las culturas minoica y micénica se consideran a menudo prehistoria a pesar de tener escritura (podéis observar este patrón en algunos manuales y museos), mientras que las sociedades actuales que viven sin escritura quedan en un limbo según esta misma división.

Pese a las críticas y el acuerdo actual en la visión de estas problemáticas, la división se mantiene a menudo precisamente por una cuestión práctica vinculada a las tradicionales divisiones disciplinarias. En las universidades europeas, por ejemplo, los departamentos de historia (subdivididos habitualmente por cronologías) y los de prehistoria suelen estar separados, y las personas que trabajan en estos se incardinan en tradiciones y disciplinas académicas también diferenciadas. Por este motivo, esta y otras divisiones que hemos planteado aquí, aunque tienen rendijas y han sido cuestionadas, se mantienen en mayor o menor medida. Como en el caso de las limitaciones de las fuentes que tratábamos anteriormente, hay que pensar en estos factores para entender mejor algunas de las elecciones y los enfoques, tanto de los temas desarrollados en este curso como de la bibliografía complementaria que os proponemos en cada uno de los módulos.

1.3. ¿Desde dónde estudiamos el pasado?

El conocimiento está siempre situado. En otras palabras, nuestro contexto, todo aquello que configura nuestra visión del mundo de manera consciente o inconsciente, nuestras experiencias, tienen una influencia clara en nuestra manera de construir el conocimiento en términos generales, y, por tanto, también el conocimiento del mundo antiguo. La toma de conciencia de esta

influencia del contexto, vinculada estrechamente con el derrocamiento de la ilusión de objetividad, son los pilares que sustentan una buena parte de las maneras de escribir historia hoy en día, en particular las que hacen uso de las teorías críticas. La finalidad última de las **teorías críticas** no es eliminar posibles sesgos fruto de esta influencia del contexto, sino ser plenamente conscientes y tratar de individuar los sesgos que son discriminatorios por algún motivo para favorecer, por el contrario, los que promueven la no discriminación. Se reconoce que es imposible y poco deseable relatar «el pasado», un único pasado (en singular) que busca unos hechos o una verdad. En cambio, hay que proveer a la sociedad interpretaciones y lecturas basadas en el escrutinio esmerado de las fuentes, aplicando marcos teóricos determinados y explícitos y, por tanto, visiones complejas y plurales del pasado.

Esta toma de conciencia y este cambio de paradigma que acabamos de resumir se dio durante el siglo XX a partir de diferentes movimientos filosóficos y políticos que tuvieron influencia en diferentes escuelas y tradiciones de estudio de la historia y de la arqueología. A continuación presentamos brevemente algunas que serán clave para entender y considerar los diferentes retos que os planteamos en este curso.

1.3.1. De la historia «desde arriba» a la historia «desde abajo»

Durante siglos, la historia se ocupó solo de los asuntos políticos y militares descritos a partir de las vidas de las élites. La historia era en buena parte un mero listado de gobernantes: la vida cotidiana y todo lo que aparentemente no afectaba a estas élites era ignorado sistemáticamente. La emergencia de lo que se conoce como «**historia desde abajo**» cambió radicalmente este panorama incorporando otros grupos sociales a la investigación histórica. En palabras de Josep Fontana:

«el mayor de los desafíos que se ha planteado la historia en la segunda mitad del siglo XX, y que sigue vigente a comienzos del XXI, es el de superar el viejo esquema tradicional que explicaba una fábula de progreso universal en términos eurocéntricos [...] y que tenía como protagonistas esenciales a los grupos dominantes, políticos y económicos, de las sociedades desarrolladas, que se suponía que eran los actores decisivos de este tipo de progreso, dejando al margen de la historia a los grupos subalternos y a la inmensa mayoría de las mujeres» (Fontana, 2010 [2002], pág. 163).

Según el historiador **Eric Hobsbawm**, los orígenes de esta tendencia vinculada a la historia social se remontan en los siglos XVIII y XIX, especialmente en cuanto a los historiadores de tradición marxista y socialista. Fue entonces cuando surgió un primer interés por retratar una historia que fuera más allá de la historia política. Es lo que Hobsbawm denominó la «**historia de la gente corriente**», en la que el peso de los movimientos obreros del momento tuvo un papel claramente relevante. Se evidenciaba así el vínculo entre los acontecimientos del momento en que se escribe la historia y la manera en que se escribe (Hobsbawm, 1988, pág. 13-16).

Pero el primer momento en que podemos hablar de **historia social** propiamente dicha fue el inicio del siglo XX. No es casual que se diera este primer apogeo en unos años profundamente marcados por las guerras mundiales (1914-1918 y 1939-1945). No en vano, fue en Francia y en Gran Bretaña donde surgieron algunos de los historiadores y de las instituciones que serían más influyentes. En el período de entreguerras, en Estados Unidos también surgió simultáneamente la generación de los denominados *new historians*, y la influencia de los economistas que en ese país se dedicaban a la historia económica empezó a dejarse notar también en Europa.

En la década de los años veinte, en Gran Bretaña se fundó la Economic History Society (1926) y en Francia se empezó a publicar la mítica revista *Annales d'Histoire Économique et Sociale* (1929), fundada por **Marc Bloch** (Lyon, 1886 - Saint-Didier-de-Formans, 1944) y **Lucien Febvre** (Nancy, 1878 - Saint-Amour, 1956). Tal como describe el historiador **Julián Casanova**, para Bloch y Febvre se trataba de combatir «el trío formado por la historia política, la historia narrativa y la historia episódica (*événementielle*). Para Bloch y Febvre eso era la pseudohistoria, “historia superficial”. Lo que había que poner en su lugar era “historia en profundidad”, una historia económica, social y mental que estudiara la interrelación del individuo y la sociedad» (Casanova, 1991, pág. 25, ved el comentario en el adyacente recuadro de bibliografía).

Las propuestas desarrolladas en los países aquí mencionados fueron diferentes, pero presentaban algunos puntos comunes. Todas surgieron para tratar de explicar las nuevas realidades sociales surgidas después de la Revolución Industrial y fruto de un nuevo modelo bélico, el de las dos guerras mundiales, que involucraba a la población civil de una manera diferente a como se había conocido hasta entonces. En efecto, eran momentos de crisis y de cambio en los que eran necesarios nuevos modelos que explicaran una realidad social en plena transformación. Por primera vez se ampliaba el abanico de fuentes que se consideraban aptas para reconstruir la historia, se empezaba a considerar el trabajo multidisciplinario como una pieza clave.

Después de las dos guerras mundiales, el panorama general había cambiado en todos los niveles, también en el que hacía referencia al estudio de la historia. El proyecto emprendido por Febvre y Bloch continuó solo con Febvre al frente, puesto que Bloch fue víctima de la persecución de la población judía y acabó

**Eric Hobsbawm
(Alejandría, 1917 -
Londres, 2012)**

Eric Hobsbawm es uno de los historiadores británicos más influyentes del siglo XX. Impartió docencia en diferentes centros de referencia del ámbito anglosajón, como el Birkbeck College de la Universidad de Londres, la Universidad de Stanford, y The New School for Social Research de Manhattan, en Nueva York. También fue miembro de la Academia Británica. Se interesó especialmente por el rol de la «gente corriente» en momentos de cambio como la Revolución Industrial. Fue un escritor prolífico, y hay que destacar su influyente historia del siglo XX, publicada en inglés en 1994 y traducida al castellano en 1995 con el título *Historia del siglo XX. 1914-1991*.

**Julián Casanova (Teruel,
1956)**

Julián Casanova es catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza y autor de la monografía *La historia social y los historiadores* (Editorial Crítica, 1991), muy útil para profundizar en la historiografía de la historia social y sus diferentes derivados. Es especialmente sugerente el análisis que hace de lo que él denomina «el secano español», en el que analiza el porqué de la impermeabilidad de la historiografía española en el momento de auge de la historia social.

ejecutado en 1944, pocos días después del desembarco de Normandía. Unos años más tarde, con la muerte de Febvre en 1956, fue el historiador **Fernand Braudel** (Luméville-en-Ornois, 1902 - Cluses, 1985), también francés, quien se situó al frente del proyecto de los *Annales*, y se produjo una renovación que daría un nuevo giro a la propuesta en un momento en que la historia social ya se había incorporado plenamente como especialidad en el mundo académico. Braudel es conocido y citado especialmente en estudios posteriores por haber acuñado el concepto de *longue durée*, que hace referencia, como el nombre indica, a los tiempos históricos largos, que permiten rehuir precisamente esa historia episódica (*événementielle*) que ya denunciaban como poco productiva Bloch y Febvre. Además, esta perspectiva pone el foco en las estructuras. Con la aplicación de este concepto a su investigación, Braudel evidenciaba que la escala temporal en que nos fijamos cambia los resultados de nuestra investigación. Hace falta, pues, combinar fuentes, perspectivas y escalas temporales para dotar a los relatos históricos de complejidad y no centrarse en un solo elemento o en una sola escala temporal, como se tendía a hacer hasta entonces.

A partir de las décadas de los años sesenta y setenta del siglo XX, la emergencia de la **historia desde abajo** (*history from below*), heredera de las primeras propuestas de historia social y vinculada estrechamente a la aplicación del marxismo a los estudios históricos, arraigó con más fuerza bajo el guiaje de historiadores como el británico **Edward Palmer Thompson** (Oxford, 1924 - Worcester, 1993). Autor de la destacada monografía *The making of the English working class* (1963; ved Thompson, 2012, para la traducción castellana), Thompson se interesó por establecer vínculos entre los trabajos previos de la historia social y las nuevas tendencias que surgían en el estudio de la historia. Tal como recoge Fontana (2010, pág. 81), Hobsbawm afirmó que Thompson era un historiador capaz de producir una cosa diferente y llegó a calificarlo de genio.

A partir de este momento, a pesar de los orígenes comunes que hemos desglosado para la historia social y la historia desde abajo, ambas trazaron trayectorias que a veces pueden estar muy alejadas. Así, mientras que la historia desde abajo suele tener el punto de interés en los individuos y los grupos sociales en el marco de las grandes estructuras, la historia social suele interesarse más por las estructuras sociales, y en algunos casos incluso puede tener a las élites como foco de estudio. De este modo, pues, la historia desde abajo ubica en el devenir histórico a grupos de personas que de otro modo habrían quedado fuera de su relato.

Tal como afirma el historiador Jim Sharpe (1993, pág. 58), «la historia desde abajo nos ayuda a quienes no hemos nacido con una cuchara de plata en la boca a convencernos de que tenemos un pasado, de que venimos de alguna parte». Se evidencia así el componente eminentemente político y reivindicativo, vinculado a la producción del conocimiento con una finalidad «emancipatoria» (en términos de la década de los sesenta del siglo XX) de la historia desde abajo. Esta vertiente también fue compartida por otras aproximaciones críticas que presentamos a continuación, como es el caso de las propuestas

Reflexión

Tanto la historia social como la historia desde abajo han sido y son muy influyentes, y, gracias a sus propuestas, se han hecho cambios importantes en las maneras de estudiar y relatar el pasado. A pesar de esto, la centralidad de la historia desde arriba es palmaria: continuamos estudiando el pasado partiendo de una periodización fijada a partir de esta mirada, que no tiene en cuenta a la gente corriente, sino las élites y los gobernantes. Os invitamos, pues, a reflexionar sobre el reto que a menudo comporta integrar nuevas perspectivas para estudiar el pasado sin cambiar completamente los parámetros en que nos movemos.

desde los estudios de género. En todos estos casos, es muy patente el vínculo entre estudio del pasado e intervención en el presente y en el futuro con que abríamos este texto.

1.3.2. De la arqueología tradicional a la arqueología procesual y la arqueología postprocesual

La década de los años sesenta del siglo XX fue también un momento de cambio en el seno de la arqueología, disciplina en la que se sucedieron una serie de propuestas y de debates que cuestionaron y cambiaron el marco en que se había desarrollado la arqueología tradicional hasta el momento. Algunas de estas propuestas tenían paralelos claros con algunos planteamientos de la historia desde abajo; otras, en cambio, estaban vinculadas a los problemas específicos de las fuentes con que trabaja la arqueología. Todas, sin embargo, se diferenciaban de la arqueología tradicional porque buscaban ser explicativas y no meramente descriptivas.

La primera de estas propuestas es la *new archaeology*, nombre con que se dio a conocer esta propuesta inicialmente. También conocida posteriormente como **arqueología procesual**, adoptó esta denominación por la centralidad que confería a los llamados procesos culturales, un enfoque que tenía un cierto paralelismo con la propuesta de la *longue durée* de Braudel que hemos mencionado previamente (ved el apartado 1.3.1).

La *new archaeology* tomó como punto de partida la llamada **teoría de alcance mediano**, que pone en el centro el debate sobre cómo establecemos el vínculo entre los datos arqueológicos estáticos que nos llegan en el presente y las sociedades dinámicas del pasado que queremos estudiar. Una de las propuestas innovadoras para establecer este vínculo fue la **etnoarqueología**, una disciplina que surgió como tal fruto de los contactos entre la antropología y la arqueología. El objetivo de la etnoarqueología era estudiar grupos humanos actuales para encontrar posibles patrones de interpretación de la cultura material y de comportamiento en los grupos humanos del pasado (para más información, ved Hernando, 1995). Uno de los principales impulsores de la etnoarqueología y de las propuestas que se desarrollaron bajo el paraguas de la arqueología procesual fue **Lewis Roberts Binford** (Norfolk, 1930 - Kirksville, 2011), autor del volumen *In pursuit of the past: decoding the archaeological record* (1983), entre otros.

Por otro lado, la arqueología procesual entendía la **arqueología como ciencia**, y de aquí que a menudo se la haya calificado como **neopositivista**, puesto que sostenía que todas las afirmaciones y propuestas que se hacen en la investigación arqueológica se tienen que poder comprobar por métodos científicos y con el método hipotético deductivo, es decir, aquel que primero plantea una hipótesis y a continuación hace el escrutinio de los datos que están en las

Bibliografía

In pursuit of the past: decoding the archaeological record (1983) se publicó en traducción al castellano como *En busca del pasado* (Editorial Crítica, 1988). En esta obra, Binford ofrece una síntesis de algunas de sus propuestas, con matices que él mismo fue aportando con el paso de los años y sus investigaciones.

fuentes para confirmar o refutar dicha hipótesis. En este mismo sentido, también confería relevancia a la estadística como una herramienta que permitía adoptar un enfoque cuantitativo y no meramente cualitativo.

En la cuarta acepción del *Diccionario* de la Real Academia Española se define el positivismo como el 'sistema filosófico que admite únicamente el método experimental y rechaza toda noción *a priori* y todo concepto universal y absoluto'. El neopositivismo, pues, asumiría estos mismos postulados en la segunda mitad del siglo XX, mientras que el positivismo filosófico propiamente dicho sería del siglo XIX.

Como contrapunto a algunas de las propuestas de la arqueología procesual, durante la década de los años ochenta del siglo XX surgió la **arqueología contextual**, también llamada **arqueología postprocesual**. Esta última disciplina evidenciaba algunos de los límites tanto de la teoría de alcance mediano como del positivismo, que como acabamos de ver eran dos de los pilares de la arqueología procesual. En este sentido, rechazaba claramente la separación de teoría y datos denunciando que lo que consideramos datos ya tiene siempre una carga teórica implícita. Además, otra discrepancia era que la nueva propuesta se alejaba de la manera de plantear la relación entre antropología y arqueología. Así, si en 1962 Binford publicaba el artículo titulado «Archaeology as anthropology» en la revista *American Antiquity*, el arqueólogo **Ian Hodder** (Bristol, 1948), precursor de esta nueva corriente, tituló «Archaeology as archaeology» el capítulo de conclusiones de su volumen *Reading the past*, publicado en 1986.

Hodder dedicó el quinto capítulo de este volumen a reflexionar sobre los **vínculos entre historia y arqueología** y sobre la necesidad, según él, de volver a reforzar estos vínculos y distanciar también de este modo arqueología y antropología. Para la arqueología postprocesual, el **contexto** era fundamental (como se desprende del hecho de que inicialmente también se conociera como arqueología contextual), y por eso se veía como más productivo el vínculo con la historia que con la antropología. Además, para esta corriente, la atención al contexto es precisamente el hecho diferencial de la arqueología respecto de otras disciplinas. En consecuencia, el contexto debía tener un lugar central en sus postulados.

Pocos años antes de *Reading the past*, Hodder publicó *Symbols in action* (1982), otra obra muy influyente, considerada como el trabajo que sentó las bases de la arqueología postprocesual. En este trabajo, Hodder hacía hincapié en que **la cultura material no es pasiva**, sino activa, es un reflejo tanto del comportamiento humano y de las normas que lo rigen como de la transformación de estas normas. En esta misma línea, defendía que son precisamente los individuos, también activos, quienes crean esta cultura material que no es, por tanto, un mero reflejo de la sociedad, sino un testigo de las acciones de las

Bibliografía

El volumen *Reading the past* (1986) de Hodder se publicó en 1988 en castellano con el título *Interpretación en arqueología: corrientes actuales*.

Reflexión

El debate sobre la relevancia del contexto es muy vigente y no está para nada cerrado en el ámbito de los estudios sobre el mundo antiguo en sentido amplio. Pensemos en los objetos de procedencia desconocida que circulan en los mercados de antigüedades. ¿Hay que estudiarlos o no? Si los estudiamos, ¿legitimamos ciertos mercados? Si los olvidamos, ¿perdemos una información valiosa sobre el pasado? No son respuestas sencillas, y os proponemos que penséis en ello no solo cuando trabajéis los diferentes retos, sino cuando visitéis museos y yacimientos o bien cuando leáis bibliografía complementaria. Fijaos en los objetos que constan como «procedencia desconocida», es decir, sin contexto, y comprobareis que no son una excepción.

personas que conforman esta sociedad. Estas propuestas estarían vinculadas al planteamiento de la historia desde abajo, que insiste en la necesidad de centrar la atención en las personas, más que en las estructuras, como proponía la historia social.

Vemos, pues, que la arqueología postprocesual surgía de manera explícita como una crítica a la propuesta anterior. Tal como resumía el mismo Hodder (1988 [1986], pág. 190), esta nueva línea «supone diversidad y falta de consenso. Se caracteriza por el debate y la incertidumbre acerca de los problemas fundamentales poco discutidos anteriormente en arqueología. Es más un planteamiento de preguntas que una provisión de respuestas».

Este planteamiento de más preguntas que respuestas tenía ya algunos ecos de la posmodernidad y divisaba algunas de las propuestas que irían surgiendo también durante la década de los ochenta y de los noventa del siglo xx, como, por ejemplo, las llamadas arqueologías de la complejidad o la arqueología del género (ved el apartado 1.3.3). Estas diferentes propuestas ponen especial énfasis, como hace también la arqueología postprocesual que plantea Hodder, en la no existencia de lecturas correctas o incorrectas de los datos: simplemente hay muchas lecturas posibles y hace falta, a partir de un estudio esmerado del contexto y de la aplicación, también cuidadosa y explícita, de los marcos teóricos, discernir las más plausibles.

1.3.3. Las perspectivas de género y el estudio del mundo antiguo

En la década de los años sesenta del siglo xx, en un contexto de cambio político y social donde las desigualdades entre hombres y mujeres se situaron en el centro del debate gracias al feminismo, la **historia de las mujeres** entró con fuerza en la academia. Se tomaba conciencia de la parcialidad de los relatos históricos que hasta entonces incluían pretendidamente a hombres y a mujeres, pero que, en la práctica, se fijaban de manera casi exclusiva en los hombres y en algunas actividades en que eran los protagonistas. Esta constatación tuvo paralelismos claros con lo que propugnaba también la historia desde abajo: había que incluir en el discurso a las personas que habían quedado al margen, y en aquel momento se evidenció que las mujeres habían quedado precisamente en estos márgenes del relato histórico.

Roberta Gilchrist define así *feminismo* en el glosario de términos relacionados con los estudios de género que incluye en la monografía *Gender in archaeology* (1999): «Convicción política de que se pueden desafiar las relaciones de poder existentes entre hombres y mujeres».

La historia de las mujeres y los llamados *women's studies* son todavía ahora campos de estudio muy vivos, pero la perspectiva se ha enriquecido respecto de lo que se impulsó inicialmente. En este sentido, en la década de los años ochenta del siglo XX, algunas investigadoras alertaron del hecho de que incluir mujeres en el discurso histórico no era suficiente y había que repensar unos discursos que no solamente habían convertido a las mujeres en prácticamente invisibles, sino que además eran a menudo discriminatorios. Fue entonces cuando entró en juego el uso de «género» como categoría útil para el análisis histórico, haciendo así una paráfrasis del título de un artículo de referencia sobre este asunto que Joan W. Scott (Nueva York, 1941) publicó en 1986 (ved Scott 1990 para la traducción en castellano).

Roberta Gilchrist define así *género* en el glosario de términos relacionados con los estudios de género que incluye en la monografía *Gender in archaeology* (1999): «Interpretación cultural de la diferencia sexual que resulta en la categorización de individuos, artefactos, espacios y cuerpos».

En relación con este uso de *género* como categoría analítica, surgía también la necesidad de cambiar los marcos de producción del conocimiento, entendiendo que diferentes estadios de esta producción del conocimiento tendían a excluir y discriminar a las mujeres y que, por tanto, el problema residía precisamente ahí. Si esto era así, no era sorprendente pues que en el producto final de la investigación las mujeres fueran invisibles o bien altamente estereotipadas.

Estas dos propuestas, es decir, incluir *género* como categoría de análisis y repensar marcos teóricos, tomaron formas diversas y fueron el germen de algunas de las tendencias en estudios de género que aún ahora están vigentes en la investigación. A continuación presentamos brevemente dos de estas tendencias y sus precursoras: las llamadas epistemologías feministas, por un lado, y la arqueología del género, por el otro, dos propuestas especialmente útiles para estudiar el pasado. De estas precursoras partirán algunos de los planteamientos de este curso, y por tanto hará falta que las tengáis presentes al estudiar los diferentes recursos que os proponemos para cada reto.

Bibliografía

La obra de referencia, que se considera pionera de la historia de las mujeres, es la monumental compilación en cuatro volúmenes titulada *Histoire mondiale de la femme* (1965-1967), coordinada por el historiador y latinista francés Pierre Grimal (1912-1996). La compilación se publicó en traducción al castellano como *Historia mundial de la mujer* (Editorial Grijalbo, 1973-1974).

Las epistemologías feministas

Las llamadas epistemologías feministas surgieron en el seno de la biología en los años ochenta del siglo xx, cuando un conjunto de investigadoras de ámbito anglosajón denunció, en su campo de investigación, la presencia de **androcentrismo**, es decir, la tendencia a privilegiar una visión del mundo centrada en el punto de vista masculino.

Al evidenciar este androcentrismo, las epistemologías feministas cuestionaban seriamente las **presuntas neutralidad y objetividad** del proceso de producción del conocimiento en todas sus fases: desde la elección de los temas de estudio y el planteamiento de las preguntas de investigación hasta la comunicación de los resultados de esta investigación. Para contrarrestar esta situación, estas investigadoras proponían, en primer lugar, un análisis de los procesos de producción del conocimiento, y, a continuación, el trabajo con **nuevos marcos teóricos**.

De entre estos marcos teóricos, el que más fortuna tuvo fue el de los «**conocimientos situados**», propuesta cuyo núcleo ya se había enunciado otras veces y que ellas reelaboraron. Un ejemplo de estos precedentes es **Hannah Arendt**, que planteó el tema de los conocimientos situados en un ensayo sobre el concepto de historia, explicitando que tanto esta disciplina como la física son subjetivas (Arendt, 2003 [1961], pág. 80-81).

Unos años más tarde, desde las epistemologías feministas se afirmó, retomando este hilo como punto de partida, que la objetividad, tal como se había entendido y formulado desde el positivismo, es una quimera, puesto que producimos conocimiento desde un contexto concreto, con una serie de condicionantes y no de manera aislada de la sociedad. No era posible, por tanto, diferenciar objetividad de subjetividad, porque partir de una subjetividad de la que no podemos desprendernos (y tampoco es deseable que lo hagamos) imposibilita lograr la presunta objetividad.

Las epistemologías feministas insisten en el hecho de que el conocimiento lo construimos siempre desde nuestra propia y particular parcela, y, por tanto, con influencias del lugar en el que hemos nacido y vivimos, de nuestro género, nuestra edad, nuestro estatus, etc. De lo que se trata, pues, no es intentar desnudarnos de estas influencias, ya que esto es imposible: se trata de reconocerlas y de exponer **siempre explícitamente qué influencias tenemos y desde dónde escribimos** cuando hacemos historia.

Dos de las representantes más destacadas de las epistemologías feministas son las biólogas estadounidenses **Sandra Harding** (1935) y **Donna Haraway** (1944). Ambas han mantenido debates fructíferos durante su vida, y en los años ochenta del siglo xx enunciaron dos propuestas que añaden matices a lo que acabamos de exponer. Harding (1986; ved Harding, 1996, para la traducción castellana) formuló lo que denominó *standpoint epistemology* (episte-

Reflexión

Epistemología hace referencia, en efecto, a la teoría del conocimiento. Desde una perspectiva feminista, Roberta Gilchrist enriquece la definición en su glosario de términos relacionados con los estudios de género, que incluye la monografía *Gender in archaeology* (1999), y hace esta propuesta: «Una teoría del conocimiento sobre la justificación de las afirmaciones de conocimiento y que se ocupa tanto de las metodologías como de los medios de validación». Como podéis observar, pone especial énfasis en las justificaciones y las validaciones, poniendo de relieve los factores más subjetivos de la producción del conocimiento.

Hannah Arendt (Linden-Limmer, 1906 - Nueva York, 1975)

Hannah Arendt ha sido una de las pensadoras más influyentes del siglo xx. De origen judío, se exilió en Estados Unidos, donde escribió varios ensayos sobre temas como los totalitarismos o el concepto de revolución, los cuales vinculaban filosofía con política. También reflexionó sobre la historia en el ensayo al que aquí referimos la reflexión sobre los conocimientos situados. El ensayo se titula *El concepto de historia: antiguo y moderno* y se publicó por primera vez en 1961 en la compilación de escritos *Between past and future*. El volumen se tradujo al castellano con el título *Entre el pasado y el futuro: ocho ejercicios de reflexión política* (Ediciones Península, 2013).

mología del punto de vista) defendiendo que quienes están en posiciones subordinadas tienen un punto de vista privilegiado, dado que suele ser menos sesgado que el de sus opresores. Haraway (1988; ved Haraway, 1995, para la traducción castellana) propuso, como reacción a la propuesta de Harding, hablar de *situated knowledges* (**conocimientos situados**) defendiendo que no hay puntos de vista privilegiados, sino que hay puntos de vista diversos que parten de condicionantes, también diversos, que hay que explicitar. Para Haraway, por tanto, es más importante destacar la diversidad de los puntos de vista que establecer una posible jerarquización.

La arqueología del género

En los años ochenta del siglo XX, coetáneamente al momento de eclosión de las epistemologías feministas, surgió una nueva corriente bajo el paraguas de las arqueologías sociales críticas: la arqueología del género. Compartía con las primeras la detección del androcentrismo en la investigación y el cuestionamiento de los procesos de producción de conocimiento. En este caso, sin embargo, se fijaba en cómo todo esto sucedía de una manera concreta en los estudios sobre el mundo antiguo.

Por otro lado, la arqueología del género también compartía, con las diferentes corrientes y ámbitos en que se desarrollaron los estudios de género de los años ochenta del siglo XX, la necesidad de considerar el género como una categoría de análisis que tenía que permitir **ir más allá de «añadir mujeres y remover»** (*add women and stir*) siguiendo la formulación que hizo de esta problemática la antropóloga y arqueóloga Ruth Tringham (1999 [1991]).

La arqueología del género también denunció los peligros de tomar como punto de partida para la investigación, habitualmente de manera inconsciente, **ideas preconcebidas** que acababan alimentando **estereotipos** sobre los hombres y las mujeres, sobre las masculinidades y las feminidades. Denunciaba que un uso acrítico de estereotipos de género en el estudio del pasado acababa legitimando la asimetría y las desigualdades entre hombres y mujeres en el presente, poniendo énfasis de nuevo en la idea del vínculo entre pasado, presente y futuro con que hemos abierto este módulo (ved el apartado 1.1).

Hay dos textos que se consideran pioneros o incluso fundacionales de esta arqueología del género: por un lado, el artículo «**Archaeology and the study of gender**», escrito conjuntamente por **Margaret W. Conkey y Janet D. Spector** y publicado en 1984, y por el otro, el volumen *Engendering archaeology*, editado por **Joan M. Gero en colaboración con Conkey** y publicado en 1991.

El artículo de Conkey y Spector definía conceptos básicos y ponía sobre la mesa algunos asuntos que son fundamentales para cambiar la perspectiva de análisis. Uno de estos asuntos era su denuncia, habitual desde diferentes ámbitos de los estudios de género, de la vinculación de los hombres a la cultura y de las mujeres a la naturaleza y, en consecuencia, de los hombres al interés general y de las mujeres al interés particular. En este sentido, afirmaban, haciendo referencia a cómo usamos *hombre y humanidad como términos genéricos* en historia, que «nuestra tradición cultural se basa en un error conceptual fundamental. “Hombre” y “humanidad” no son generales, sino exclusivos: son parciales y en consecuencia también lo es la investigación sobre hombre y humanidad» (Conkey y Spector, 1984, pág. 2).

Esta observación de Conkey y Spector es polémica y se debate todavía hoy de manera encendida en el campo de la historia, pero también muy especialmente en filología y lingüística. En estos ámbitos, se discute la pertinencia del uso del género gramatical masculino como genérico en lenguas románicas como las nuestras. Mientras que algunas posturas defienden que el masculino es en efecto un genérico que incluye a masculino y femenino, otros denuncian, en la línea de la propuesta de Conkey y Spector, que en realidad no es un genérico.

Margaret W. Conkey, Joan M. Gero, Ruth Tringham y Janet D. Spector

Las autoras de referencia de la arqueología del género son Margaret W. Conkey (1943), Joan M. Gero (1944-2016), Ruth Tringham (1940) y Janet D. Spector (1944-2011). Todas ellas estuvieron o están vinculadas a diferentes universidades de Estados Unidos: Conkey y Tringham a la Universidad de California, en Berkeley; Gero a la American University de Washington, y Spector a la Universidad de Minnesota.

En este sentido, os planteamos algunas preguntas para que reflexionéis sobre este debate en relación con el estudio del pasado.

- Si lo masculino es genérico, ¿por qué hay que publicar libros de historia dedicados exclusivamente a las mujeres, con títulos como *Las mujeres en Roma*, por poner un ejemplo?
- Los libros de cariz general ¿incluyen efectivamente a las mujeres o son básicamente libros sobre los hombres de unas clases sociales determinadas?
- ¿Por qué es habitual tratar temas como el matrimonio y la crianza en un libro que se titule *Las mujeres en Roma* (o similar), mientras que estos temas suelen estar ausentes y lo encontramos en uno de titulado *Historia de Roma* (o similar) son listas de gobernantes y de batallas?

En cuanto al segundo texto fundamental de la arqueología del género, *Engendering archaeology* (1991), editado por Conkey y Gero, este volumen recogía algunos de los debates que hemos apuntado sobre lo que comporta aplicar perspectivas de género al estudio del pasado. En la introducción, las editoras explicitaban que añadir mujeres o casos de estudio relacionados con mujeres a la investigación no era suficiente: hacía falta, por un lado, **considerar el género junto con la edad o el estatus** para entender que las **mujeres no son un grupo homogéneo** y que no las podemos incluir, por tanto, sin tener en cuenta esta complejidad. De ahí también que, desde los estudios de género, se insista en usar el plural y hablar de *mujeres*, y no de *mujer*, en la antigüedad, por ejemplo. Por otro lado, Conkey y Gero recordaban que incluir a las mujeres en un discurso ya existente que las discriminaba no era suficiente: había que cambiar perspectivas y marcos de análisis para poder deshacer precisamente esta aproximación discriminatoria.

Bibliografía

Este volumen pionero incluía capítulos como el de Ruth Tringham, titulado «Households with faces: the challenge of gender in prehistoric architectural remains» (en 1999 publicado en castellano como «Casas con caras» dentro de la antología titulada *Arqueología y teoría feminista* [Colomer y otras, editoras]). Este y otros artículos del volumen significaron un antes y un después en la manera de estudiar ciertos temas, no solo en el seno de los estudios de género, sino también en el ámbito general del estudio del mundo antiguo. En el caso de Tringham, por ejemplo, se ponía énfasis en la necesidad de ver personas de carne y huesos y no estructuras abstractas, en la línea de lo que proponía también la historia desde abajo, cuando estudiamos el pasado.

2. Procesos de neolitización

2.1. Neolítico, neolitización y otros conceptos afines

Los cambios económicos, sociales y simbólicos que tuvieron lugar en varios puntos del mundo, conocidos como neolítico o proceso de neolitización, fueron definidos por John Lubbock (1865) en primer lugar como cambio tecnológico *neo-lithic*, 'piedra nueva', en relación con las comunidades paleolíticas anteriores, también conocidas como los últimos cazadores-recolectores. Este proceso, evidenciado por una clara diversidad geográfica, cronológica y de registro arqueológico, ha sido y continúa siendo objeto de estudio en todo el mundo.

Numerosos especialistas han hecho suyas las principales aportaciones de un fenómeno global caracterizado por un cambio en el patrón de subsistencia y la aparición de la denominada **economía de producción de alimentos**. Un proceso que se ha considerado a menudo un «*package*» donde participan procesos como la **domesticación de plantas y animales** (transformaciones genéticas y comportamentales), los **cambios tecnológicos** (aparición de la cerámica, estructuras de almacenamiento, herramientas talladas y pulidas) o las **transformaciones sociales** (sedentarismo, aparición de los poblados y los edificios comunitarios) y también **simbólicas** (representación de figuras femeninas y otras posibles divinidades), entre otros.

Tabla 1. Principales elementos caracterizadores del neolítico por áreas geográficas (dataciones a. C.)

Tipo de innovación / Área geográfica	América			África	Europa		Eurasia	
	Andes	Mesoamérica	Este de Norteamérica	África subsahariana	Mediterráneo occidental	Mediterráneo continental	Creciente fértil	China
Domesticación de plantas	4.500	≤ 3.000	2.500	4.000	5.600	3.500	10.000	8.500
Domesticación de animales	3.500	500	?	2.500	5.600	3.500	8.500	≤ 7.500
Sedentarismo	Cazadores-recolectores	No	No	No	5.600	3.500	9.000	≤ 7.500
Aparición de poblados	3.100	1.500	500	2.000	5.600	3.000	9.000	≤ 7.500
Estructuras de almacenamiento	?	?	?	?	5.600	3.000	9.000	≤ 7.500
Piedra pulida	Anterior	Anterior	2.500	Anterior (8.000)	8.000	Anterior	10.000	≤ 7.500

Fuente: elaboración propia.

	América			África	Europa		Eurasia	
Cerámica	3.100-1.800	1.500	2.500	5.600	5.600	3.500	7.000	≤ 7.500

Fuente: elaboración propia.

El por qué surge este proceso también ha sido motivo de estudio. Las hipótesis evolucionista, determinista, demográfica o de la propia causa social han sido implementadas en varios puntos del mundo. Veamos lo que plantean estas diferentes aproximaciones.

2.1.1. Teorías evolucionistas-deterministas

A grandes rasgos, estas propuestas se centran en las características presentes que definen a cada época o fase histórica. Son inherentes y corresponden a un fenómeno inamovible sin continuidad en relación con las épocas anteriores o posteriores. El principio básico se centra en el hecho de que el ser humano tiene una tendencia natural a mejorar sus condiciones de vida y en el hecho de que ese mismo progreso y su difusión justifican la presencia del cambio. Son propuestas que han sido desarrolladas por autores como Ch. Darwin y V. Gordon Childe, entre otros (ved el anexo final).

2.1.2. Teorías demográficas

Otra gran línea de investigación la conforman las teorías demográficas, que defienden que la población humana tiene una tendencia natural al crecimiento en condiciones favorables. Este aumento demográfico ha sido asociado a un aumento de asentamientos y del registro funerario. Por tanto, este crecimiento es una causa más, y no una consecuencia, de una gran parte del progreso o cambio tecnológico humano.

En este contexto, el desarrollo de la agricultura es una estrategia que adoptan las diversas poblaciones humanas para estabilizar su supervivencia y darle continuidad. El crecimiento demográfico hace necesario también el desarrollo continuo de nuevas estrategias adaptativas, entre ellas la sedentarización, considerada el motor clave que estimuló la presión demográfica y la necesidad de nuevas formas de vida. Estas propuestas son desarrolladas por varios autores, entre los que destacan las aportaciones de M. N. Cohen y E. Boserup.

2.1.3. Teorías de la causa social y simbólica

En los años ochenta del siglo XX, a partir de la nueva arqueología y la arqueología postprocesual, se introdujo el concepto de cambio social como motor de adopción de la economía de producción. Las estructuras sociales de cada comunidad y su capacidad organizativa actúan como motor de cambio, y no coinciden siempre con la voluntad de optimización de los recursos existentes. Se trata de transiciones largas que no surgen de prácticas expeditivas vinculadas a un mayor aprovechamiento de los recursos. Mediante las alianzas y los

mecanismos de reciprocidad (actos de comensalidad, banquetes, intercambio de personas, productos o materias primas, etc.), se produce la legitimación del grupo y de sus valores simbólicos. Entre los autores de estas teorías destacan J. Cauvin, I. Hodder y B. Bender.

2.2. Causas y consecuencias de las transformaciones económicas y sociales en el neolítico

Los fenómenos que han conducido a este cambio en las comunidades de cazadores-recolectores al final del pleistoceno han sido motivo de debate durante la segunda mitad del siglo XX y, todavía hoy, de controversia. ¿Qué es causa y qué consecuencia de un conjunto de procesos cronológicos y geográficos espaciados que se inician en torno al 12000 a. C. (Próximo Oriente) y el 300 a. C. (Andes centrales) y algunos de los cuales continúan produciéndose hoy en día en una economía global (transgénicos, modificación genética animal, etc.)?

Estas transformaciones se han asociado a cambios paleoambientales, presión demográfica o precariedad estructural, que han sido estudiados como principales explicaciones, si bien la multicausalidad ha dificultado el establecimiento de una hipótesis unilineal.

Veamos de manera sintética los grandes modelos que se han identificado como causas de los cambios en el neolítico, las premisas en las que se basan, los autores que las han defendido y la crítica que podemos hacer. En el **anexo** del módulo podéis consultar un perfil detallado y las aportaciones que hicieron algunos de los autores que mencionamos a continuación.

Cambios paleoambientales

Premisa

El cambio climático a principios del holoceno dio lugar a la diversificación de las especies de animales y vegetales, y por tanto posibilitó la transformación y gestión directa.

La existencia de períodos de estrés cíclicos entre población y recursos habría llevado a un aprovechamiento más intensivo de algunas especies que precisan más inversión de tiempo.

Aportaciones

G. Childe, L. R. Braidwood, R. J. Binford y K. Flannery.

Crítica

Si el cambio climático fue trascendental para el inicio de la domesticación vegetal y animal, ¿por qué esta transición no se produjo antes?

Presión demográfica

Premisa

La población tiende a incrementarse más allá de la capacidad de carga del medio. A finales del pleistoceno, la Tierra empieza a estar saturada.

Una segunda variante asume que con el establecimiento del sedentarismo, la población empezó a expandirse exponencialmente. Entre grupos sedentarios ya no sería necesario

espaciar los nacimientos y, por tanto, habría una relajación de las prácticas del control demográfico y del control de la reproducción intragrupal.

Aportaciones

M. N. Cohen, E. Boserup y L. R. Binford.

Crítica

Actualmente los datos etnográficos y arqueológicos no parecen avalar este modelo.

Precariedad estructural de los grupos cazadores-recolectores

Premisa

Los grupos cazadores-recolectores se caracterizan por una precariedad estructural, con conflictos internos, ya que no intervienen en el ciclo reproductivo de las plantas y animales. Los períodos de estrés se resolverían desarrollando nuevas estrategias y técnicas para obtener recursos, lo cual implicaría un incremento de la efectividad en el rendimiento sobre los recursos más fiables. Esta fue la estrategia empleada hacia el final del pleistoceno para incrementar los recursos subsistenciales y que se vería favorecida por las condiciones ambientales del momento.

Premisa

Las sociedades cazadoras-recolectoras pueden tener un excedente alimentario y demográfico. Hay grupos que pueden ser productores, y hay presencia de cerámica e instrumental de molienda y trituración, además de una deforestación importante. Se ha documentado que hay grupos sedentarios y que presentan desigualdades estructurales.

Aportaciones

B. Bender, A. Testart, B. Hayden y J. Vicent.

Crítica

¿Qué evidencias hay de este excedente (*surplus*) y cuál es el papel de las estructuras de almacenamiento en estas comunidades?

Relaciones sociales e intergrupales

Premisa

La explotación intensiva de los recursos naturales lleva a un control y gestión del territorio, que puede conducir a una apropiación y a un cambio en la relación entre los grupos. Esta relación se manifiesta mediante la legitimación de las prácticas simbólicas.

La evidencia de redes de intercambio a larga distancia de objetos y productos foráneos muestra la complejidad organizativa en el ámbito subgrupal o supragrupal.

El control de estas comunidades sobre los individuos se hará a diversa escala, en función del grado de jerarquización que hayan adoptado. Así, los ancianos o el culto a los ancestros pueden regular una parte de la presión social. El control de la reproducción se hará con la regulación al acceso sexual de las mujeres.

Aportaciones

J. Cauvin, I. Hodder, I. Kuijt y F. Frangipane.

Crítica

La existencia de grandes redes de circulación de objetos, productos e ideas está muy documentada en el contexto del paleolítico superior.

2.3. Motores de surgimiento y transmisión del neolítico y su vigencia

La identificación de un conjunto de elementos que permiten caracterizar estos procesos de transformación y adopción del neolítico se han explicado desde el difusionismo, el autoctonismo o el aculturacionismo, entre otras propuestas combinadas.

Las propuestas difusionistas, desarrolladas por Luigi Luca Cavalli-Sforza y Albert Ammerman y aplicadas a Europa, tienen el campo de estudio actual en los estudios genéticos y la estadística bayesiana. Otros autores, como G. Baeker, han fomentado las teorías autoctonistas o poligenistas en función de la capacidad del hombre para llegar a las mismas soluciones cuando se dan situaciones similares. Estas teorías se combinan con las aculturacionistas, en las que los procesos de transmisión entre comunidades, con los diversos modelos de interacción posibles, habrían llevado a crear unas áreas nucleares en relación con unas zonas de influencia y otras áreas de tipo periférico. A continuación repasamos con más detalle estas aproximaciones.

1) Neolítico y difusionismo

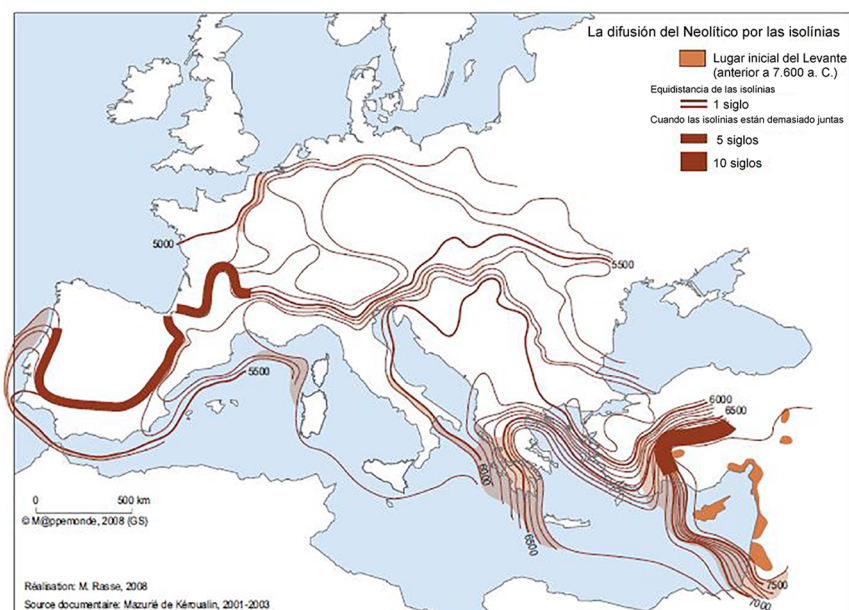
El difusionismo es un concepto que se alimenta de las ideas de la antropología social de finales del siglo XIX. Se asocia a la expansión y difusión de objetos y personas por la existencia de unas zonas nucleares que actuarían como focos de creación de innovación, bajo la guía de autores como F. Ratzel o G. E. Smith.

En el caso del neolítico, Vere Gordon Childe propone un difusionismo moderado en el que los cambios se gestan en las condiciones sociales de los grupos humanos, pero también por préstamos culturales de otras comunidades. Una de las primeras representaciones cartográficas de la difusión espacial del neolítico que sigue los datos arqueológicos fue la de J. G. D. Clark (1965). Estas hipótesis fueron desarrolladas por J. Ammerman (arqueólogo) y L. Cavalli-Sforza (biólogo), mediante unos estudios genéticos de población del siglo XX que les permitió demostrar la existencia de un cambio genético de este a oeste del Mediterráneo (Ammerman y otros, 1971, 1984). Este resultado les permitió proponer que hubo una comunidad neolítica asociada a un crecimiento demográfico que iría neolitizando el Mediterráneo siguiendo el modelo de ola de avance con una relación de 1 kilómetro por año y de 25 kilómetros por generación. Esta propuesta les permite explicar la correspondencia con las dataciones de carbono 14 y la aparición de la agricultura y la ganadería.

En 1978 se propuso, para el mismo contexto europeo, la existencia de dos frentes de neolitización (Alexander, 1978): uno de origen mediterráneo y marítimo, y otro continental y terrestre. Esta neolitización tendría varias zonas de actividad pioneras emplazadas entre los principales focos de radiación.

Más adelante, autores como Guilaine (1998) y Mazurié de Kéroualin (2001) propusieron un modelo de difusión arrítmica en el que las evidencias arqueológicas se estructuran en grupos culturales de tipo primario y secundario; identifican lo que ellos llaman zonas de mutación cultural o grandes espacios vacíos con pocos datos o datos considerados poco válidos para establecer estos modelos. La identificación de estas discontinuidades ha sido estudiada ampliamente por otros autores (Rasse, 2014), que identifican una zona originaria donde tienen lugar las innovaciones, una zona de difusión periférica y creación de nuevos centros de difusión, la aparición de complejos culturales tardíos y la creación de nuevas zonas de innovación a partir de un nuevo movimiento (modelo de T. Hägerstrand).

Figura 1. Modelo de difusión del neolítico europeo



Fuente: Rasse (2008). *La diffusion du Néolithique en Europe (7.000-5.000 av. J.-C.) et sa représentation cartographique*. <<https://archeorient.hypotheses.org/5067>>.

2) Neolítico y autoctonismo

Graeme Barker considera que el origen del neolítico, muy documentado en diferentes puntos del planeta, puede llegar a demostrar, en realidad, la capacidad del hombre para llegar a la misma solución en los mismos lugares cuando se dan situaciones similares. Cada zona o región tendría la capacidad de desarrollar una economía de producción siempre que allí se encontraran los agriotipos sujetos a ser domesticados. Esta teoría se centra en superar el concepto de proceso colonizador y proponer varias estrategias sociales en las que las últimas comunidades de cazadores-recolectores tienen su espacio de decisión. Este autor aplicó esta propuesta a otros fenómenos, como el megalitismo. La actual variabilidad en las estrategias de adopción del *package* neolítico a escala mundial permiten validar una parte de sus propuestas.

3) Neolítico y aculturacionismo

Esta teoría surge del papel activo que podrían haber desarrollado las comunidades receptoras. En general, se propone que las comunidades autóctonas adoptan la agricultura y la ganadería por la vía de las redes de intercambio y comunicación existentes. Como sabéis, las comunidades mesolíticas o de últimos cazadores-recolectores ya tenían conocimientos paleoagrarios y recolectores, y también la capacidad de seleccionar y modificar las especies locales y de adoptar las especies foráneas para aumentar la producción. Siguiendo las premisas antropológicas, estos procesos tienen lugar a tres niveles de contacto: un contacto directo entre poblaciones, mediante un portador o intermediario, o por la creación de vínculos genéticos (mezcla poblacional).

2.4. Diversidad y principales características del neolítico por ámbito geográfico

A continuación se exponen, a partir del contexto cronológico y geográfico, las principales transformaciones asociadas al proceso de neolitización, tanto las que afectan a los cambios económicos como las que afectan a los tecnológicos y sociales.

Como recordaréis, se trata principalmente de evidencias de restos materiales que se caracterizan por toda una serie de innovaciones de base inorgánica, orgánica o biológica.

Domesticación animal y vegetal

El proceso de observación y manipulación de las especies vegetales y animales –incluida la humana– se considera largo y generalizado. Las modificaciones cromosómicas, comportamentales, funcionales y anatómicas de las diversas especies pueden no ser visibles hasta 500-2.000 años después de haberse iniciado la manipulación y, como es bien sabido, presentan pocas evidencias de planificación.

La domesticación animal y vegetal sigue caminos y escalas temporales diferentes. En el continente africano y en la India, la domesticación animal es anterior a la vegetal, mientras que en el Próximo Oriente o en el continente americano la vegetal es anterior. Son muy conocidos también los casos de especies domesticadas en varias regiones, como el cerdo en China y Anatolia, y con hibridación (¿intencional?) con los agriotipos locales en Europa. Este caso es extrapolable a la domesticación de los perros, los bueyes o la cabra, entre los más conocidos.

Tabla 2. Principales especies vegetales y animales domesticadas, por área geográfica y cronología

Área	Principales domesticados	Datación (A. P.)
Levante mediterráneo	Trigo, cebada, lentejas, oveja, cabra, buey, cerdo	10.000

Fuente: elaboración propia.

Área	Principales domesticados	Datación (A. P.)
Sur de China (río Yangtsé)	Arroz, búfalo, perro, cerdo	8.500-6.500
Norte de China (río Amarillo)	Mijo, perro, cerdo, pollo	7.500
África subsahariana	Sorgo, mijo, arroz africano	4.000
Centro de México	Maíz, frijol, calabaza, perro, pavo	4.700
Andes centrales	Patata, quinua, camélidos (llama, alpaca), frijol, cobaya	4.500

Fuente: elaboración propia.

Producción cerámica

La manipulación de la arcilla y su cocción intencional es muy conocida en contextos de cazadores-recolectores del paleolítico superior para elaborar figurillas antropomorfas o zoomorfas, aunque el desarrollo tecnológico asociado al producto cerámico tiene lugar en el Próximo Oriente en el 7000 a. C., en Japón en el 10000 a. C. en la cultura Jomon y en otros grupos cazadores-recolectores nómadas eurasiáticos. La diversidad de estas producciones ha permitido elaborar varias hipótesis sobre su carácter innovador como objetos de prestigio o como objetos que facilitan el almacenamiento de productos, y también por su capacidad de resistencia a los choques térmico y mecánico.

El concepto de recipiente o contenedor para guardar productos a corto, medio o largo plazos se desarrolla de manera paralela a la manipulación cerámica. Así, pues, se documentan recipientes en calabazas y otros productos vegetales (en el continente americano) y evidencias de cestería, tejidos, recipientes en piedra calcárea trabajada o *white ware* (en el Próximo Oriente).

Piedra pulida e industria lítica

Los diversos restos de talla lítica implementadas por las diversas especies humanas son perfeccionadas y mejoradas durante el neolítico, principalmente las que afectan la talla laminar (modo 4) y la microlaminar (modo 5). La diversidad de puntas de flecha y otro utillaje cinegético, aunque también bélico, muestran el potencial de este instrumental.

Los soportes y materiales utilizados son significativos y pueden indicar desde la explotación intensiva de un recurso local hasta el establecimiento de largas redes comerciales (de obsidiana, jade, corneana, variscita), que ponen en circulación no solamente útiles, sino también objetos de ornamentación personal complejos.

White ware

Vajilla blanca (*vaisselle blanche*). Es un tipo de vasija de pequeñas dimensiones hecha con cal o calcárea triturada del neolítico precerámico (PPNB) y que perdura hasta las primeras producciones cerámicas del 7000 a. C.

Tipo de talla lítica

Las herramientas de piedra elaboradas a lo largo de la prehistoria se han clasificado a partir de cinco grandes tipos de talla o modo de producción: el 1 o talla unifacial, el 2 o talla bifacial, el 3 o talla centripeta, el 4 o talla laminar y el 5 o talla microlaminar y geométrica.

Almacenamiento

Las estrategias de almacenamiento de bienes y productos son diversas en función de las condiciones paleoclimáticas de cada región. Así, en el Próximo Oriente son conocidos los recipientes construidos con tierra y de tipo sobrealzado para preservar el producto cerealístico en estado salvaje, desde el 9000 a. C. aproximadamente en el valle del Jordán, y más tarde en forma de *grill-plan* en el norte de Mesopotamia. La gestión de estos espacios incluye las estructuras excavadas o las cavidades cársticas como otros espacios de uso y manipulación del producto excedentario en todo el planeta.

Una línea de investigación complementaria a esta se ha centrado en la definición de lo que es excedente en una sociedad neolítica y qué mecanismos puede llegar a desarrollar en los casos de captación y redistribución de estos productos.

Sedentarismo

Las dinámicas de asentamiento de las primeras comunidades agrícolas y ganaderas permiten proponer la existencia de pequeñas comunidades, que pueden tener relación de parentesco y que se instalan en un mismo espacio a lo largo de generaciones. A esta evidencia hay que achacarle importantes diferencias en relación con los episodios de vida y ocupación de estos espacios. En el Próximo Oriente se ha evidenciado que, si bien estos episodios pueden durar más de tres milenios, presentan también ocupaciones intermitentes, con frecuentaciones esporádicas, y también la existencia de más de un núcleo de asentamiento separado a poca distancia. En el caso europeo, estos espacios de habitación perduran escasamente durante más de doscientos años en el mismo lugar, aunque también se suelen reocupar en momentos posteriores, posiblemente debido a su localización en un espacio preferencial, ya sea por la proximidad a los recursos hídricos o por otros aspectos estratégicos.

Por tanto, las variables que definen este proceso son desiguales y se contraponen a las definidas por el nomadismo, vinculado a los procesos de movilidad ligados al pastoreo o transhumancia. Sin embargo, la movilidad agrícola también es muy conocida en el Próximo Oriente y en el resto de continentes.

Grill-plan

Estructura construida formando alineaciones de piedra o adobe, de tipo elevado, originaria de Anatolia y la alta Mesopotamia, que permitía la aeración de los productos alimentarios almacenados para asegurar su mejor preservación.

Como ha quedado patente, estas innovaciones no aparecen al mismo tiempo en todos los continentes y en todos los casos, y en determinadas áreas nunca se llegaron a adoptar. De hecho, actualmente todavía hay sociedades cazadoras-recolectoras en activo. Veamos con más detalles cómo se implementan estas innovaciones en cada región.

2.4.1. El Creciente Fértil

En contextos del IX milenio a. C., la alta Mesopotamia y todo el Levante presentarán evidencias de las innovaciones socioeconómicas, tecnológicas y culturales asociadas al origen de la agricultura y la ganadería. En un contexto de cazadores-recolectores –grupos natufienses en vías de sedentarización, con evidencias de intercambios y estructuras de almacenamiento y de unas prácticas funerarias complejas–, surgen las primeras evidencias de domesticación vegetal. Se trata de especies vegetales (cereales y leguminosas) que presentan morfologías salvajes y que son recolectadas y transformadas en el marco de una agricultura predoméstica. Se trata de comunidades PPNA que siguen con las prácticas de caza y pesca, aunque con innovaciones que también abrazan los ámbitos tecnológico y simbólico. Los asentamientos, en curso de sedentarización, presentan una estructura de tipo poblado, donde hay ocasionalmente evidencias de edificios de uso comunitario con una inversión de trabajo en las técnicas arquitectónicas y los acabados más elaborados (con presencia de esculturas y pilares grabados o incisos, o pinturas, entre otros). El aumento de la capacidad de almacenamiento y los útiles de molieda de los instrumentos macrolíticos también proporcionan información valiosa sobre el tratamiento del producto alimentario. Este proceso se consolida entre el 8700 y 7000 a. C. (PPNB), momento en que abarca la mayor parte del área geográfica de Oriente Medio y que se caracteriza por la domesticación animal, la mayor inversión en los asentamientos y los espacios domésticos, y por una mayor evidencia de las redes de intercambio de productos (obsidiana, corneliana, turquesa, concha, sílex, entre otros) e ideas a larga distancia. Son muy conocidos los yacimientos de Abu Hureyra, Dja'de el Mughara o Tell Halula, Göbekli Tepe, Aşıklı o Ain Ghazal. Se incrementan también las evidencias de prácticas funerarias en las que la unidad familiar se desarrolla como estructura básica, tanto social como productiva.

A partir del 7000 a. C., se encuentran las primeras evidencias de producción cerámica (PN). Se trata de las denominadas primeras producciones o *black series*, que aparecen en varios puntos de la alta Mesopotamia (Tell Halula, Sabi Abyad, Seker al-Aheimar, Akarçay Tepe, Tell el-Kerk, entre otros) en pequeñas comunidades que diversificarán sus estrategias agrícolas y ganaderas hasta formar ciertas koinés culturales, como las asociadas a la cultura Hassuna, Halaf u Obeid, entre otras. Este proceso de consolidación tendrá lugar a lo largo del VI milenio a. C. y permitirá identificar la exportación de los productos secundarios y documentar las sociedades campesinas en su sentido más completo.

Natufiense

Cultura epipaleolítica (12000-9000 a. C.) que se extendió desde la cuenca del Éufrates a la del Nilo.

PPNA, PPNB, PN

Acrónimos con el significado siguiente, PPNA: neolítico precerámico A, *Pre-Pottery Neolithic A* (10200-8800 a. C.); PPNB: neolítico precerámico B, *Pre-Pottery Neolithic B* (8800-8000 a. C.); PN: neolítico cerámico, *Pottery Neolithic* (7000-5300 a. C.).

2.4.2. Primeras sociedades productoras en Europa

El *package* neolítico europeo tiene su área nuclear en la región del Próximo Oriente, donde una parte de las especies vegetales fueron domesticadas hacia el 9000-8500 a. C. La diversidad regional, separada principalmente por la Europa continental y la Europa mediterránea, ha llevado a un estudio desigual del proceso de neolitización europeo.

Como es sabido, al *package* neolítico se le adscriben cronologías diversas: en torno al 9000 a. C. para Chipre, a partir del 8000 a. C. en Anatolia e islas del Egeo, y hasta el 6500 a. C. en la península Ibérica.

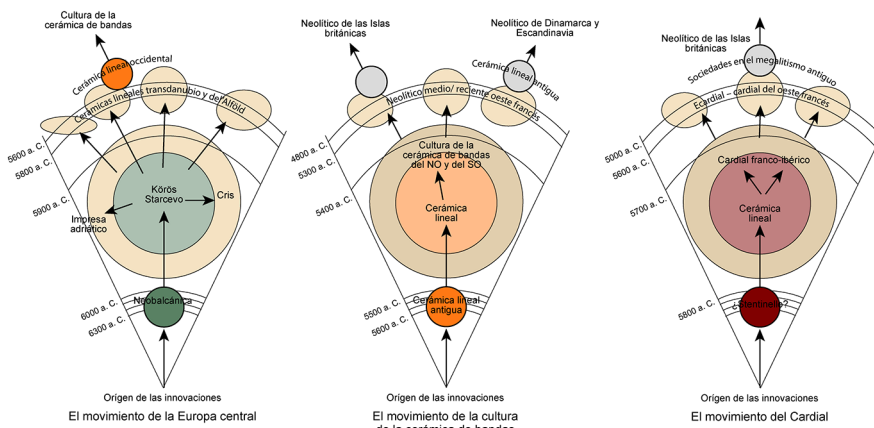
Las comunidades agrícolas y ganaderas del Egeo y sudeste de Europa se caracterizan por las evidencias de domesticación agrícola y ganadera, llegada a menudo por vía marítima (en Chipre y Creta), aunque con ausencia de producción cerámica. Esta sí que estará presente en los grupos del neolítico cerámico antiguo de zonas como Khirokitia, Cnosos, Nea Nikomedia, Starcevo y Karanovo, entre otras, y el Egeo será una de las zonas de mayor complejidad en la interrelación de las comunidades neolíticas del contexto europeo. En esta costa mediterránea central y occidental se manifiesta principalmente el *package* neolítico de la domesticación vegetal de base cerealística y leguminosa y la domesticación animal (oveja-cabra, cerdo, buey), con asentamientos de pequeñas dimensiones formados por unidades de habitación al aire libre (en Stentinello) y con ocupaciones en cuevas (en Arene Candide, la Cueva del Oro, Sarsa, etc.) y, esporádicamente, en poblados sobrealzados de tipo palafítico (en La Draga, Marmotta, etc.), donde destaca la producción cerámica con decoración cardial.

Se ha considerado que la segunda gran área de neolitización es la Europa central y la fachada atlántica europea, espacios donde se considera que la domesticación animal y la preparación de los productos derivados es pionera. Destacan varios grupos culturales, como el de la cerámica de bandas (LBK) en Langweiler o Eitzun. Las ocupaciones de las islas británicas y otras se caracterizan por la identificación de estructuras de tipo megalítico, en algunos casos asociadas a sepulcros de corredor (en Bretaña y Normandía) y en otros a grandes recintos de cementerios, como Windmill Hill o Shippea Hill. El área escandinava presenta también un importante registro formado por comunidades al aire libre con una importante explotación de los recursos marítimos y con producción cerámica de tipo TRBK, o cultura de los vasos en forma de embudo.

Cerámica cardial

La cerámica cardial se caracteriza por presentar una decoración con malacofauna dentada (molusco bivalvo como el *Cardium edule* o *Cerastoderma*) a modo de impresión formando motivos decorativos de tipo geométrico o esquemático.

Figura 2. Propuestas de difusión de los principales grupos culturales europeos



Fuente: Rasse, M. (2014). «Modélisation de la diffusion du Néolithique en Europe». *Mappemonde* (vol. 115, n.º 3). [en línea]. <<http://mappemonde.mgm.fr/num43/articles/art14302.html>>.

2.4.3. Primeras sociedades productoras en África

En cuanto al continente africano, se proponen dos regiones de adopción de las prácticas de domesticación: una bien definida para el África subsahariana, con una datación del 5000 a. C., y otra más oriental, asociada tradicionalmente a la difusión de la neolitización procedente del Próximo Oriente (por el valle del Nilo y Sudán), un poco anterior. Sin embargo, se considera que la domesticación animal se inicia antes, en torno al 7000 a. C., la cual permite una transhumancia de tipo pastoral. En la región subsahariana se documentan grupos mesolíticos con producción cerámica, que más tarde adoptan la ganadería y posteriormente experimentan una agricultura incipiente, aunque no son sedentarios.

La producción cerámica corresponde a formas globulares con acabado bruñido y decoración incisa para la zona subsahariana y Kenia, mientras que la decoración impresa con malacofauna dentada (afín a los grupos cardiales) aparecerá en las costas del Mediterráneo occidental hacia el v milenio a. C.

2.4.4. Primeras sociedades productoras en América

La domesticación vegetal y animal tiene lugar en varios puntos del continente americano del 3500 al 2500 a. C., aunque se considera que entre el VI y el I milenio tiene lugar un largo proceso de experimentación con vegetales. Las regiones de Mesoamérica (con maíz, calabaza, frijol o *Phaseolus vulgaris*), los Andes septentrionales y la Amazonia occidental (con patata o *Solanum tuberosum*, la quinua o *Chenopodium quinoa* y la mandioca o *Manihot utilissima*) presentan las dataciones más antiguas. Por lo que respecta a la zona del este de Estados Unidos, el girasol y el *Chenopodium* fueron desplazados posteriormente por el maíz llegado de Mesoamérica.

Desde el 5000 a. C. se propone una agricultura hortícola, sin irrigación, con especies de calabaza, amaranto, chile y aguacate. Se considera que la domesticación animal más bien documentada proviene de la zona andina con la modificación comportamental y genética de especies como la cobaya (*cuy*), la alpaca o la llama (camélidos). Como pasará en otros puntos del planeta, pese a estas innovaciones, seguirá existiendo un predominio general de la economía de recolección y caza, principalmente de la pesca y de los mamíferos marinos.

En la costa peruana y los Andes meridionales destaca el sedentarismo en grupos cazadores-recolectores en Cueva del Guitarrero, Chilca y Huaca Prieta (Perú). Otros yacimientos destacados por su entidad y las evidencias de agricultura son Cueva de Coxcatlán y el valle del Tehuacán (México). En cuanto a la preservación de materiales, destacan las evidencias de cestería, tejidos, vasijas y objetos hechos con calabazas y ornamentos personales. La producción cerámica presenta una gran diversidad de formas y decoraciones, que indican una gran inversión de trabajo en su elaboración, en torno al 3000 a. C. en Ecuador, mientras que serán mucho más tardías, hacia el 1800 a. C., en Perú.

2.4.5. Primeras sociedades productoras en Asia y Oceanía

A principios del holoceno, en el 10000 a. C., los cambios son variados en un espacio geográfico tan extenso como Asia y Oceanía. Los años 8000-7500 a. C. se documentan las principales evidencias de domesticación vegetal y animal en el nordeste de China (valle del río Yangtsé y valle del río Amarillo, con la domesticación del arroz y el mijo, y la cría de gallinas, cerdos y perros) y en Papúa Nueva Guinea (con la domesticación del taro o *Colocasia esculenta* y otras plantas autóctonas). En el 7000 a. C. en la zona del Pakistán es conocida la agricultura cerealística y la domesticación de la oveja, la cabra y la vaca, considerada una influencia de la domesticación del Próximo Oriente. Un caso similar será el de la India, con evidencias en la cuenca del río Indo en el milenio VII y con una ocupación importante en poblados como Mehgarh, Said Qala Tepe o Rhaman Deri, entre otros muchos.

Entre el 6500 y el 5000 a. C., en China destacan las evidencias de poblados con silos para almacenar mijo, que corresponden a pequeñas comunidades agrícolas con producción cerámica, macroutillaje lítico de piedra pulida, y también evidencias de prácticas funerarias (en las terrazas del río Wei y al sur del río Amarillo). La zona de Banpo permite localizar una de las culturas materiales más conocidas del neolítico chino, situada cerca del río Wei. De este grupo cultural destaca la inversión de trabajo en las unidades domésticas, de planta circular o cuadrada, con elementos aislantes y estructuras de almacenamiento, en algunos casos formadas por vasos cerámicos semienterrados. Otra cultura será la Hemudu, que a partir del milenio IV a. C. muestra importantes evidencias de contactos con otros grupos, como Yangshao (dentro del que se sitúa

Banpo), entre otros. Se considera que estos grupos se extienden hacia el 3000 a. C. hacia el sur de China, Vietnam y Tailandia (Cueva de los Espíritus, Ban Chiang, Non Nok Tha y Khok Phanon Di).

La presencia de comunidades neolíticas en las islas de Indonesia, en Malasia, es más tardía, en torno al 3000-2000 a. C. Se trata de pequeños grupos que presentan evidencias de cerámica e industria lítica, que cultivan arroz, mijo, caña de azúcar, plátanos y cocos, con escasas evidencias de horticultura y con una ocupación principal en cuevas más que al aire libre.

Hay que destacar la neolitización de Japón, por su entidad y según su conocimiento existente. En esta isla las primeras evidencias de neolitización están formadas por las comunidades cazadoras-recolectoras Jomon, en las cuales el consumo de recursos marinos es especialmente significativo y que son productoras de cerámica cordada, de tipología apuntada y decoración variada (con aplicaciones plásticas, impresiones e incisiones) desde el milenio IX a. C., y también de tejidos, redes y varios objetos de ornamento. Las evidencias de domesticación vegetal serán el mijo, el cereal (trigo y avena) y el arroz, que habrían llegado a través del continente por vía marítima, a excepción del mijo. Se trata de poblados más o menos estructurados como los de Uenohara, Ubayama o Toyohira, con concentraciones domésticas de más de cincuenta unidades y con la zona de necrópolis cercana.

2.5. Aparición y formación incipiente de los primeros estados

El surgimiento y gestión del **excedente alimentario**, la estructuración interna y social de los poblados, con la creación de **edificios colectivos**, y el surgimiento y **control de la propiedad** (tanto mueble como inmueble) se consideran los motores básicos para transformar estas comunidades agrícolas y ganaderas, en fase consolidada, en sociedades en proceso de jerarquización.

La gestión de los recursos hídricos, los espacios de cultivo y pasto, y la creación de unas estructuras sociales sin vínculo genético conducirán a regularizar varias redes de intercambio de materias primas, productos, ideas y personas que darán nacimiento a las primeras sociedades estatales. Este fenómeno, considerado gradual, convivirá con otros, como son la aparición de la metalurgia, la gestión «intensiva» de los recursos naturales o la aparición de la escritura, entre otros.

2.5.1. Próximo Oriente

A lo largo del V y IV milenio a. C., tanto en la confluencia del Tigris con el Éufrates como en el resto del Creciente Fértil, y en todo el Levante mediterráneo, tienen lugar varios fenómenos que se han asociado a complejos procesos de transferencia tecnológica y aculturación de grupos humanos. Entre esta diversidad de registros materiales, destaca el grupo cultural del Obeid, que, a pesar de presentar una cierta variabilidad regional, destaca por una homoge-

neización (estandarización) de la producción cerámica y por una arquitectura doméstica de tipo tripartita que se considera precursora de los denominados templos o edificios comunitarios de tipo monumental (Carter y Philips, 2010).

El aumento de los asentamientos y sus dimensiones se complementan con las evidencias de una estructura urbana, que tiene una planimetría regular y edificios de tipo defensivo o colectivos tipo templo, decoraciones arquitectónicas en forma de nichos, y escaleras y terrazas elevadas (en Eridu, nivel VII) o formando varios complejos (en Tepe Gawra, nivel XIII). En yacimientos como Uruk, pero también en Habuba Kabira o Jebel Aruda, la disposición de estas ciudades se hace a partir de un patrón regular: una gran avenida de norte a sur cortada en ángulo recto por otra de dirección este-oeste (Butterlin, 2018). Una serie de construcciones formadas por un patio y varias salas de acogida funcionan como unidades especializadas de producción y almacenamiento de productos como lana, aceite, vino, betún o herramientas de sílex. Estos espacios de producción se complementan con varias construcciones, interpretadas como templos con los diversos espacios complementarios, que permiten identificar estos centros religiosos. Y, en torno a ellos, se documentan las primeras evidencias de propiedad privada (sellos normativizados) y de escritura.

Escritura en el Próximo Oriente

La escritura aparece en el sur de Irak hacia el 3400 a. C. Corresponde a representaciones figurativas o abstractas, que a principios del tercer milenio adoptan los caracteres cuneiformes, es decir, signos compuestos por marcas verticales, horizontales y cabezales oblicuos. La escritura cuneiforme se extiende por todo el Próximo Oriente y es utilizada según diferentes sistemas –logográfico (un signo igual a una palabra), silábico (un signo igual a una sílaba), alfabético (un signo igual a una letra)– para transcribir una docena de lenguas que pertenecen a familias diferentes.

2.5.2. Europa

En contextos del IV al III milenio a. C., en el continente europeo se documentan las evidencias de actividad paleometalúrgica que conducirán al desarrollo pleno de la edad de los metales. Ejemplos anteriores a este proceso los encontramos a partir del 4400 a. C. en la cultura de Varna (en Bulgaria), destacada por el trabajo del oro y la riqueza de las necrópolis conocidas, que muestran relaciones a larga distancia, hasta las Cícladas. Hay que señalar que el intercambio y explotación de los objetos metálicos va precedido de la explotación de la sal como producto mineral de tipo extractivo, tanto para usos alimentarios como para otros, y que las dinámicas de asentamiento y estructuración espacial se complementarán con fenómenos transcronológicos como el campaniforme, el megalitismo y la diversidad de las prácticas funerarias y, al final del período, los campos de urnas.

Otros casos destacados serán la cultura de Millares y, ya en contextos de la edad del bronce avanzado, el Argar (en la península Ibérica). En todos los casos, la competencia para acceder a los recursos (acuíferos, mineros, etc.) y su distribución llevan a una estructuración social que queda plasmada en los diversos asentamientos, altamente estructurados y con unos sistemas defensivos sofisticados.

Teóricamente, se considera que la complejidad social de estos momentos tiene dos formas de expresión principales, que pueden convivir en espacio y tiempo:

- Estructuras centralizadas, con una jerarquización social, pero también de los asentamientos y del acceso a los recursos.
- Estructuras descentralizadas, sin la presencia de centros o asentamientos relevantes, en las que el poder y el liderazgo es cambiante y se tiene que demostrar con la adquisición y gestión de los bienes de prestigio (Kristiansen, 1998).

Materialmente, el aumento de los asentamientos y sus dimensiones se complementa con las evidencias de construcciones de tipo colectivo. Ya desde el neolítico, la presencia de grandes cementerios o las mismas estructuras megalíticas eran una muestra de esta capacidad de movilización de fuerza humana que ahora se incrementa con la presencia de estructuras defensivas y de una jerarquización de los espacios.

Las características compartidas de estas comunidades en proceso de jerarquización se analizan siguiendo las variables siguientes: la división económica del trabajo (por ejemplo, la explotación de la sal en el oeste europeo, del cobre en el sur de Inglaterra y norte de la península Ibérica, o del ámbar en el Báltico) y los nuevos medios de transporte, que permiten mover estos productos por rutas terrestres y marítimas muy estructuradas. Por otro lado, destacan las nuevas herramientas de base metalúrgica, que mejoran la efectividad en varios procesos (minería, agricultura), pero, principalmente, las nuevas armas de tipo defensivo, que legitiman a las élites de base guerrera. El desarrollo del mundo de los tejidos, junto a la consolidación de las prácticas agrícolas (motor de legitimación del espacio físico) y ganaderas (transhumancia y pastoreo a mayor escala), facilitarán el establecimiento de las grandes redes de alianzas, que sobrepasarán el ámbito económico y la filiación genética.

2.6. Cómo avanza la investigación en neolitización

En este apartado final exponemos brevemente las principales líneas de investigación interdisciplinaria que abordan el estudio del neolítico en la actualidad.

Por un lado, la investigación analítica de base biológica ha centrado una parte de sus esfuerzos en los estudios de ADN antiguo y en el potencial de los análisis de los isótopos estables. Estos estudios permiten observar aspectos de movilidad, pero también de dieta, tanto en humanos como en animales (oveja-cabra, cerdo, buey, pero también gacela, onagro, etc.) y vegetales (cereales, leguminosas...). Los objetivos, aunque son numerosos, se centran en identificar patrones de movilidad, en trazar líneas de parentesco y definir las estrategias que se podrían haber implementado en el proceso de adopción de la agricultura y la ganadería, y también en aspectos de movilidad y difusión. Así, actualmente se considera que hay hasta unas treinta áreas de domesticación originarias vinculadas a especies tanto animales como vegetales.

En el ámbito del estudio de los materiales abióticos, la investigación se centra en identificar las áreas de procedencia y captación, principalmente de la materia prima utilizada para elaborar todo tipo de productos (lítico tallado, cerámica, macrolítico, objetos de ornamento). Así, la caracterización de productos como la obsidiana, el basalto, el sílex de diversa calidad, minerales de base paleometalúrgica, y también conchas y otros objetos bióticos, se considera básica para identificar las posibles redes de intercambio y redistribución de estos productos. Este gran ámbito de estudio se complementa con los aspectos tecnológicos: la elaboración de productos con estos materiales se vuelve básica para inferir aspectos de transferencia de conocimiento y procesos de aprendizaje donde las variabilidades técnicas serán una evidencia de la diversidad de un producto y de su distribución o área de influencia.

Desde hace tiempo, la aplicación de la arqueología del paisaje y los sistemas de información geográfica y distribución espacial han permitido abordar las dinámicas de formación de los mismos yacimientos, ya sea desde la perspectiva de las zonas de habitación, con el estudio geomorfológico y sedimentológico centrado en la formación de los asentamientos y el establecimiento de las áreas de ocupación (individuales respecto a las colectivas o comunitarias), o desde la estructuración urbana de estas comunidades (estudios en los que intervienen disciplinas diversas que abrazan ciencias auxiliares como la arquitectura, las ciencias de los materiales constructivos, etc.). Cada vez más, los otros espacios también frecuentados por estos grupos son objeto de atención: espacios de pastos, zonas de extracción y obtención de recursos, etc. El estudio del paisaje, de una manera más genérica, permite también inferir los espacios de cultivo y regadío, las redes hídricas y el potencial de los suelos.

Los procesos de transferencia de ideas entre comunidades también se analizan, tanto desde una perspectiva etnoarqueológica como desde la arqueología cognitiva, para abordar todas las manifestaciones de carácter simbólico que nos han llegado de estas comunidades: desde los objetos muebles decorados hasta las plasmaciones en soporte arquitectónico o parietal, que pueden ser tanto objeto de lecturas artísticas como tratados como elementos de memoria artificial. También son conocidos otros registros asociados a ocultaciones u ofrendas vinculadas o no a las prácticas funerarias. A este registro y a las evidencias de actividades de subsistencia se han añadido los estudios de género (como se ha comentado en el apartado «La arqueología del género»). La diversidad y complejidad de estas evidencias ha llevado a proponer la existencia de prácticas chamánicas, totémicas o de culto a varias especies animales o solares y astrales que son comparadas diacrónicamente y geoespacialmente.

Bibliografía

Bibliografía sobre el apartado 1

Arendt, H. (2003). «El concepto de historia: antiguo y moderno». En: Arendt, H. *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios de reflexión política* (pág. 67-143). Barcelona: Ediciones Península.

Binford, L. R. (1988). *En busca del pasado*. Barcelona: Editorial Crítica.

Casanova, J. (1991). *La historia social y los historiadores*. Barcelona: Editorial Crítica.

Civil, M. (2001). «El arte de escuchar voces lejanas». En: Montero, J.-L.; Vidal, J.; Masó, F. (eds.). *De la estepa al Mediterráneo. Actas del I Congreso de arqueología e historia antigua del Próximo Oriente. Barcelona, 3-5 abril de 2000* (pág. 11-17). Barcelona: Monografías Eridu.

Clark, J. G. D. (1965). «Radiocarbon dating and the expansion of farming culture from the Near East over Europe». *Proceedings of the Prehistoric Society* (n.º 31, pág. 57-73).

Colomer, L.; González Marcén, P.; Montón, S. y otros (eds.) (1999). *Arqueología y teoría feminista*. Barcelona: Icaria Editorial.

Conkey, M. W.; Spector, J. D. (1984). «Archaeology and the study of gender». En: Schiffer, M. B. (ed.). *Advances in archaeological method and theory* (pág. 1-38). Nueva York: Academic Press.

Duncan, C. (2007). *Rituales de civilización*. Murcia: Nausicaä.

Fontana Lázaro, J. (2010). *La historia de los hombres: el siglo XX*. Barcelona: Crítica.

Gero, J. M.; Conkey, M. W. (1991). *Engendering archaeology. Women and prehistory*. Oxford: Basil Blackwell.

Gilchrist, R. (1999). *Gender and archaeology: contesting the past*. Londres - Nueva York: Routledge.

Grimal, P. (1973-1974). *Historia mundial de la mujer*. Barcelona: Grijalbo.

Haraway, D. (1995). «Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial». En: Haraway, D. *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza* (pág. 313-346). Madrid: Cátedra - Universidad de Valencia.

Harding, S. (1996). *Ciencia y feminismo*. Madrid: Ediciones Morata.

Hernando, A. (1992). «Enfoques teóricos en arqueología». *SPAL* (vol. 1, pág. 11-35).

Hernando, A. (1995). «La etnoarqueología hoy: una vía eficaz de aproximación al pasado». *Trabajos de Prehistoria* (vol. 52, n.º 2, pág. 15-30).

Hobsbawm, E. J. (1988). «History from below: some reflections». En: Krantz, F. (ed.). *History from below: studies in popular protest and popular ideology* (pág. 13-27). Oxford: Blackwell.

Hodder, I. (1982). *Symbols in action: ethnoarchaeological studies of material culture*. Cambridge: Cambridge University Press.

Hodder, I. (1988). *Interpretación en arqueología: corrientes actuales*. Barcelona: Crítica.

Montón Subías, S. (2014). «Arqueologías engeneradas. Breve introducción a los estudios de género en arqueología hasta la actualidad». *Arqueo Web* (n.º 15, pág. 242-247).

Scott, J. W. (1990). «El género: una categoría útil para el análisis histórico». En: Amelang, J. S.; Nash, M. (eds.). *Historia y género* (pág. 23-56). Valencia: Institución Alfonso el Magnánimo.

Sharpe, J. (1993). «Historia desde abajo». En: Burke, P. (ed.). *Formas de hacer historia* (pág. 38-58). Madrid: Alianza.

Thompson, E. P. (2012). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Madrid: Capitán Swing.

Tringham, R. (1999). «Casas con caras: el reto del género en los restos arquitectónicos prehistóricos». En: Colomer, L.; González Marcén, P.; Montón, S. y otros (eds.). *Arqueología y Teoría Feminista* (pág. 97-140). Barcelona: Icaria.

Bibliografía sobre el apartado 2

- Adams, R. E.** (2000). *Las antiguas civilizaciones del Nuevo Mundo*. Barcelona: Crítica.
- Akkermans, P.; Schwartz, G.** (2003). *The archaeology of Syria: from complex hunter-gatherers to early urban societies (16,000-300 BC)*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Aurenche, O.; Kozolowski, S. K.** (2003). *El origen del neolítico en el Próximo Oriente*. Barcelona: Ariel.
- Bar Yosef, O. (ed.)** (1998). «The transition to agriculture in the Old World». *The Review of Archaeology Massachusetts* (vol. 19, n.º 2, pág. 64).
- Barker, G.** (2006). *The agricultural revolution in prehistory: why did foragers become farmers?*. Oxford: Oxford University Press.
- Bender, B.** (1978). «Gatherer-hunter to farmer: a social perspective». *World Archaeology* (n.º 10, pág. 204-222).
- Bender, B.** (1981). «Gatherer-hunter intensification». En: Sheridan, A.; Bailey, G. (eds.). *Economic Archaeology International Series* (núm. 96, pág. 149-157). Oxford: BAR.
- Bernabeu, J.; Aura, J. E.; Badal, E.** (1993). *Al oeste del Edén: las primeras sociedades agrícolas en la Europa mediterránea*. Madrid: Síntesis.
- Binford, L. R.** (1988). *En busca del pasado*. Barcelona: Crítica.
- Boserup, E.** (1968). *Las condicionas del desarrollo en la agricultura*. Madrid: Tecnos.
- Boserup, E.** (1984). *Población y cambio tecnológico*. Oxford: Blakwell.
- Braidwood, R. J.** (1979). *El hombre prehistórico*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Cauvin, J.** (1994). *Naissance des divinités, naissance de l'agriculture: la révolution des symboles*. París: CNRS.
- Clark, J. G. D.** (1965). «Radiocarbon dating and the expansion of farming culture from the Near East over Europe». *Proceedings of the Prehistoric Society* (n.º 31, pág.57-73).
- Childe, V. G.** (1974). *El origen de la civilización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Cohen, C.** (2011). *La mujer de los orígenes*. Madrid. Cátedra.
- Cohen, M. N.** (1981). *La crisis alimentaría en la Prehistoria*. Madrid: Alianza Editorial.
- Connah, G.** (2004). *Forgotten Africa: an introduction to its archaeology*. Londres: Routledge.
- Croucher, K.** (2015). «Gender in the Neolithic Near East». En: Croucher, K. *Death and dying in the Neolithic Near East*. Oxford: Oxford University Press.
- Cunliffe, B. (ed.)** (1998). *Prehistoria de Europa Oxford*. Barcelona: Crítica.
- Fowler, C.; Hardin, J.; Hofmann, D. (coords.)**. (2015). *The Oxford handbook of Neolithic Europe*. Oxford: Oxford University Press.
- Gero, J.; Conkey, M.** (1991). *Engendering archaeology: women and Prehistory*. Oxford: Blackwell.
- Gimbutas, M.** (1974). *The goddesses and gods of old Europe: myths and cult images*. Londres: Thames and Hudson.
- Gimbutas, M.** (1991). *The civilization of the goddess: the world of old Europe*. San Francisco: Harper.
- Gosden, Ch.** (2008). *Arqueología y colonialismo: el contacto cultural desde 5000 a. C. hasta el presente*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- Guilaine, J. (dir.)** (2003). *Arts et symboles du néolithique à la protohistoire*. París: Errance.
- Guilaine, J.** (2003). *Premieres paysans du monde*. París: Errance.

Hanks, B. K.; Linduff, K. M. (2009). *Social complexity in prehistoric Eurasia: monuments, metals and mobility*. Cambridge: Cambridge University Press.

Harris, D. (ed.) (1996). *The origins and spread of agriculture and pastoralism in Euroasia*. Londres: University College London.

Hernando, A. (1994). «El proceso de neolitización: perspectivas teóricas para el estudio del Neolítico». *Revista Zephyrus* (n.º 46, pág. 123-142).

Hodder, I. (1990). *The domestication of Europe*. Oxford: Blackwell.

Kristiansen, K. (1998). *Europe before history*. Cambridge: Cambridge University Press.

Klein, R. J. (1995). *Cazadores-recolectores y agricultores en África*. Barcelona: Debate.

Lubbock, J. (1865). *Prehistoric times*. Londres: Williams and Norgate.

Mazourie, K. (2007). *El origen del Neolítico en Europa*. Barcelona: Ariel.

Meillassoux, C. (1987). *Mujeres, granjeros y capitales*. México: Siglo XXI.

Rasse, M. (2014). «Modélisation de la diffusion du Néolithique en Europe». *Mappemonde* (vol. 115, n.º 3). <<http://mappemonde.mgm.fr/num43/articles/art14302.html>>

Rojo, M.; Garrido, R.; Martínez, I. (coords.) (2012). *El Neolítico en la Península Ibérica y su contexto europeo*. Madrid: Cátedra.

Sanahuja Yll, E. (2002). *Cuerpos sexuados, objetos y prehistoria*. Madrid: Cátedra.

Sanahuja Yll, E. (2007). *La cotidianeidad en la prehistoria: la vida y su sostenimiento*. Barcelona: Icaria.

Sorensen, M. L. (2000). *Gender archaeology*. Cambridge: Cambridge Polity Press.

Smith, B. D. (1995). *The emergence of agriculture*. Nueva York: Scientific American Library.

Testart, A. (1981). *Les chasseurs-cueilleurs ou l'origine des inégalités*. París: Société de Ethnographie.

Vincent, J. M. (1981). «El origen de la economía productora. Breve introducción a la historia de las ideas». En: P. Lopez (ed.). *El Neolítico en España* (pág. 11-58). Madrid: Cátedra.

Anexo

En este módulo nos hemos referido a algunas figuras importantes del estudio de la neolitización. A continuación destacamos algunas de las ideas más fundamentales que han aportado.

Barbara Bender. Autora inglesa que, en la década de los años ochenta del siglo XX, propone el concepto de transformación social como motor del cambio de los grupos cazadores-recolectores a los grupos neolíticos. La existencia de recursos habría permitido el sedentarismo, y la gestión de su excedente y los conflictos adyacentes, habrían conducido a un incremento de la complejidad social. Así, la demanda de un excedente y las obligaciones sociales entre grupos habría llevado a una intensificación de la explotación de los recursos y, por tanto, a la adopción de la producción de alimentos.

Lewis Roberts Binford (1930-2011). Autor estadounidense, discípulo de la Escuela de Chicago y de Braidwood. En los años sesenta del siglo XX, desarrolla, junto con K. Flannery, la **hipótesis de las zonas marginales**, propuesta que considera que a principios del holoceno se produjo un desequilibrio por un incremento de los recursos que hizo que las comunidades humanas crecieran y se convirtieran en sedentarias. La presión demográfica hizo que la población sobrante se trasladara a zonas cercanas a las áreas nucleares y, dado que no tenían acceso a los mismos recursos, iniciaron el contacto con nuevas especies y la domesticación.

Hizo, junto con Sally R. Binford, numerosas aportaciones teóricas al campo de la nueva arqueología y la arqueología procesual, como «New perspectives in archaeology» (1968), con la importancia de la demostración empírica de los datos arqueológicos.

Robert Braidwood (1907-2003). Autor estadounidense que hizo, junto con Linda Braidwood y su equipo, trabajos de campo sobre los procesos de domesticación de la cabra y los cereales silvestres en el norte de Irak y sobre el proceso de domesticación del maíz, el calabacín, los frijoles o la calabaza en la América central. Reformuló la propuesta de V. G. Childe remarcando que el cambio paleoambiental no debió ser tan severo y que la domesticación vegetal y animal tiene lugar en varios puntos del mundo. Acuña la **teoría del área nuclear** (1948), que propone que las especies domesticables se situaban en una zona restringida, que en el caso del Próximo Oriente es el Creciente Fértil, más concretamente Zagros, y no en los oasis. Dado que no se trató de una ruptura abrupta respecto a las comunidades anteriores, propone que la neolitización fue un proceso gradual en el que el resto de innovaciones tecnológicas y sociales se implementaron de manera desigual.

Jacques Cauvin (1930-2001). Autor francés que propone la teoría del cambio simbólico o la revolución simbólica a mediados de años noventa del siglo XX después de una notable investigación en el Próximo Oriente, que llevó a cabo con M. Claire Cauvin y su equipo. Con la publicación de «Naissance des divinités, naissance de la agriculture» (1994), evidencia las manifestaciones simbólicas (representaciones muebles, figurillas antropomorfas y zoomorfas, representaciones escultóricas y parietales) que muestran las comunidades en proceso de neolitización. Propone que había un equilibrio entre recursos y población en las últimas comunidades cazadoras-recolectoras del natufiense, a lo que se añadió un factor simbólico que provocó la necesidad de más excedente.

Vere Gordon Childe (1892-1957). Autor australiano de la primera mitad del siglo XX que hizo importantes aportaciones teóricas, que proponen los conceptos de revolución neolítica y revolución urbana, y la teoría del oasis. En publicaciones como «The dawn of the European civilization» (1925) o «Man makes himself» (1936), expone su teoría sobre el origen del neolítico a partir de unas consideraciones básicas que se centran en la identificación de las áreas geográficas donde tiene lugar el proceso de domesticación. Para este autor, el neolítico se inicia en el Próximo Oriente y se extiende por Eurasia y África, que se convierte en el principal foco de neolitización global. Considera también que fue un proceso rápido y corto, para el cual acuña el término **revolución neolítica**, y que de esta deriva la **revolución urbana** como respuesta a la adopción de la agricultura y la ganadería, y la gestión del excedente y de los recursos que necesitan estas dos actividades.

Con la **teoría del oasis** (1952), propone que los cambios paleoambientales que tienen lugar a principios del holoceno consujeron a una desertización. Fue en las zonas de oasis donde los recursos eran más favorables, y los hombres y los animales se desplazaron hasta estas. La observación directa del comportamiento animal llevó a la domesticación y el establecimiento de los primeros poblados, que más adelante se convertirían en centros urbanos jerarquizados.

Mark Nathan Cohen (1943-). Autor estadounidense que, en los años setenta del siglo XX, propuso la teoría de la presión demográfica para explicar el surgimiento del neolítico a escala mundial. En su obra *The food crisis in Prehistory* (1977) defiende que la necesidad de incrementar la aportación calórica de los alimentos y el aumento de la población llevaron a una presión demográfica y al surgimiento de la agricultura y la ganadería, con la voluntad de rentabilizar mejor el entorno en el que vivían las sociedades.

Kent V. Flannery (1934-). Autor estadounidense, alumno de R. Braidwood, que realizó notables trabajos de campo en Mesoamérica. Es autor, junto con L. R. Binford, de la **hipótesis de las áreas marginales**. Indica que, en lo que fue un largo proceso, destacan las aportaciones tecnológicas vinculadas a la transformación de los alimentos (el instrumental de molido y la hoz), que culmi-

narán en el cultivo en nuevos espacios fuera de los ecosistemas originales. Publicó un importante trabajo sobre los orígenes de la agricultura y la ganadería en los Andes y también hizo aportaciones destacables al método arqueológico.

Alain Testart (1945-2013). Antropólogo francés que trabajó con grupos de cazadores-recolectores para demostrar que se trata de comunidades que pueden generar excedente, principalmente agrícola, y que pueden tener estructuras de almacenamiento. Se pueden considerar sociedades productoras porque, además, algunos de estos grupos presentan producción cerámica e instrumental de molido y trituración. Destacan también sus trabajos sobre la división sexual del trabajo, el concepto del regalo o el de la esclavitud. Estas evidencias le permiten demostrar la existencia de diferencias sociales entre grupos y las complejas relaciones entre ellos, en comunidades actuales de todo el mundo.